

ANGEL RAMA

"QUERIDOS AMIGOS"

(Tres actos)

Agnus dei, miserere nobis

PERSONAS

(Por orden de aparición)

ANA - Estela Castro
ELENA - " Mercedes
MARCOS - Juan José Paros, Enrique
TITO - Juan José Paros
ADELITA - Blanca Alí ad. Blanca
INES - Telma Silva
SUSANA - Vally Gutiérrez
DIEGO - Pineda, Eduardo
RAUL - Salazar, Rafael
ALBERTO - Montoya, Víctor
LAURENCIA - María Guzzi
ALEJANDRO - García Sams
AURELIA - Michel Koldán

Riviera 3181 bis ep. 6 - viernes 14/30.

Rama : Verdi: sábado 29/14,30. —

ACTO 1º

A C T O I

ESCENARIO.- Apartamento moderno, decorado con buen gusto y sencillez, que denota escasos recursos. Living room donde también puede improvisarse dormitorio y comedor. Ventana lateral, puerta al fondo -- que figura entrada del exterior y otra que comunica con los dormitorios.

Por esta última entran, riendo, Elena y Ana. Ambas son mujeres de unos 35 años, ambas son hermosas e interesantes pero de muy distintos tipos: Elena es una rubia de tez muy blanca, con tendencia a abundar de carnes, ojos vivaces y francos bajo cejas horizontales, un reírse muy personal y casi sensual; Ana es morena, de rasgos muy perfilados y algo duros que conceden un aire altivo a su belleza. Fácilmente se interioriza y aleja del mundo. Fuma mucho, a veces encendiendo un cigarrillo con la colilla del otro.

Conversan entre sí con esa confianza de quienes se quieren y se conocen mucho, haciendo pausas que nunca son forzadas, dejando caer temas, interrumpiendo con otros, etc.

ANA.- Tu hijo es graciosísimo. ; Y tan hombrecito ;.

ELENA.- Eso ya me inquieta: sospecho que seré la más voraz de las suegras y que propiciaré todos sus disparates.

ANA.- No sé por qué lo tenés aún en cama. Parece curado.

ELENA.- Ahora para que no me rompa los muebles. Pero no te imaginás los quince días que pasé dándome contra estas paredes y prometiendo todos los sacrificios si se mejoraba.

ANA.- ¿Por qué no me avisaste?. Si no me encuentro con Susana te hubiera hecho en pleno romance exótico.

ELENA.- Me puse como loca y ni les avisé a mis empleadas de la boutique. Siempre me siento

- en falta como madre; antes de que me acusen ya me confieso culpable.
- ANA.- No se por qué: él te adora.
- ELENA.- Me exigió que fuera mañana a la fiesta de Raúl. No le puede decir que una de las -- promesas que hice fue la de no ir ~~así~~ nunca ^{más} a un baile.
- ANA.- ¡Siempre tan impetuosa! Por eso debes arrepentirte muchas más veces que los demás.
- ELENA.- Cuando llegaste con tus gladiolos me pareció que entraba contigo la primavera y me vino una gana violenta de salir al sol, de divertirme.
- ANA.- Sos una loca encantadora.
- ELENA.- (Sonríe) Que además se engaña a sí misma, porque te confieso que me estaba haciendo un vestido. (Se lo muestra) ¿Vas a la fiesta?.
- ANA.- (Después de una pausa en que mientras Elena se ocupa de su vestido ella desenvuelve las flores) No sé. Creo que no.
- ELENA.- ¿Por qué?; Son tan divertidas!
- ANA.- ¿Pongo las flores en este jarrón?
- ELENA.- Ya sé: te han venido las objeciones morales de Susana.
- ANA.- Es que probablemente vaya Marcos.
- ELENA.- Infaltable y puntual. ¿Y con eso?
- ANA.- Tomé, inconstante. (Le tira una flor) Hay reincidencias peligrosas para el corazón.
- ELENA.- (Sorprendida y luego riendo) ¡Tú! Nunca lo hubiera creído. Por lo menos no soy la única a quien le pasa. (Vuelve a su tarea) Es lo mejor: una sola vez y con extranjeros - al corazón. Único modo de no sufrir complicaciones sentimentales. Tirame el carretel.
- ANA.- (Se lo arroja, sonríe) Pues te equivocás: nunca tuve nada con Marcos.
- ELENA.- ¿Entonces?
- ANA.- (Irónica) Es el corazón quien teme "Las -- otras y más graves reincidencias".
- ELENA.- El es muy bien.
- ANA.- (Apenas irónica) ¿Lo sabés por experiencia?
- ELENA.- (Feliz) Yo soy firme en mis principios. Y pa

ra decir verdad, con él me costó mante-
nerlos.

ANA.- ¿Y él?

ELENA.- Un gentleman. Te hace la corte como si
acabara de conocerte. Casi musitándote:
"Cuando tú quieras". Pero sin permitir
se la menor confianza.

ANA.- (Burlona); Toda una seguridad!

ELENA.- ¿Y a ti qué te pasa con él?

ANA.- No sé. En fin... (Cita burlonamente dos
versos de Salinas) "Amor, amor, catás-
trofe. ¡Qué hundimiento del mundo;".

ELENA.- (Ríe divertida) Por algo toda su clien-
tela es femenina. (Se concentra en su
tarea, luego se interrumpe) Disculpá -
que me meta: pero si te gusta no jue-
gues desde lejos, y menos escondién-
do te.

ANA.- ¿Por qué?

ELENA.- Porque te vas a enamorar.

ANA.- ¿Está prohibido?

ELENA.- Diría que está en desuso. Nacimos dema-
siado tarde para hacer de Julietas.

ANA.- (Reflexiva) ¿Y si te confesara que es
eso lo que añoro, como una adolescente?

ELENA.- (Piensa; luego seriamente) No, Ana. Des-
pués sufrís como un animal y a nadie se
puede echar la culpa porque sos la úni-
ca culpable. Yo creo que no podría...
(Transición) En cambio, ¿hay algo seme-
jante a dos cuerpos sin nombre bajo una
misma ~~sabana~~?

ANA.- No hagas la cínica, te queda mal.

ELENA.- (Ríe) "Una vera signorina moderna" como
dice el insidioso Alejandro.

ANA.- ¿Qué arreglaste con mi "tailleur"?

ELENA.- Nada más que el veinte por ciento, en -
dos cuotas. No pude sacarlo para mí por
culpa de Alejandro que está cada día --
más cargoso: el día menos pensado le --
planto una torta y me voy de la tienda.

ANA.- ¿Y tu sistema?

ELENA.- (Molesta) ¡Epa! No te propasés tú también.
Con ese, ni en estado de necesidad.

- ANA.- Lo ví con tu madre, a la salida de la tienda, en una discusión feroz. Le chorreaba el sudor y se llevaba las manos al pecho como un trágico del cine mudo.
- ELENA.- ¿Dónde pensás ir el domingo?
- ANA.- Quizás vaya al ballet si Susana lleva a las nenas.
- ELENA.- La maternidad le ha brotado como un sarampión violento
- ANA.- No le perdonás que se haya alejado de -- nuestras fiestas.
- ELENA.- No...Lamento que deje reseca a Diego . Y tú, ¿si no vés mañana a casa de Raúl -- donde pasarás la noche?
- ANA.- Me quedaré leyendo o acaso vaya al cine.
- ELENA.- ¡Qué horror! La noche del sábado y ¡sola! Jamás: antes que eso prefiero...prefiero aceptar una invitación de Alejandro.
- ANA.- (Ríe) ¡Qué pronto llegás al estado de necesidad!
- MARCOS.- (Aparece en la puerta. Es un hombre de -- unos 35 años, atrayente, con un tono de -- seguridad y cortesía bien dosificados, con una simpatía pronta que le permite no comprometerse) ¿La puerta abierta es parte -- de un nuevo sistema de conquista?
- ELENA.- A la derecha, arriba, hay un timbre.
- MARCOS.- Que los médicos ignoramos, por principios jerárquicos. ¿Cómo estás Ana?(Se besan) . ¿Dónde te escondiste tanto tiempo?
- ANA.- Te informo que nos vimos el sábado y hasta cieo que bailamos juntos.
- MARCOS.- Por eso te lo pregunto: seis días es demasiado tiempo. Para mí al menos.
- ELENA.- (Que ha estado recogiendo sus telas) Don Juan Tenorio, te llamé como médico, no como seductor diplomado.
- MARCOS.- Ya sé que contigo fracasan mis artes seductoras. Te aviso que traigo en el auto a tu ex-marido.
- ELENA.- Cáspita, caramba y todas las otras. ¿Qué pasó?
- MARCOS.- Le dije que Pedrito estaba enfermo y quiso verlo.

ELENA.- ¿Cómo está?
MARCOS.- Recién bañado y afeitado.
ELENA.- Ya veo: juerga toda la noche. Bueno. Le diré que entre.
ANA.- (Inquieta) Yo me voy ya.
ELENA.- No, esperá un momento, por si tenés -- que ir a la farmacia. (Sale).
MARCOS.- ¿Vas mañana a casa de Raúl?
ANA.- No sé.
MARCOS.- ¿Por qué?
ANA.- Tengo que trabajar hasta tarde y temo estar cansada.
MARCOS.- ¿No será porque voy yo?
ANA.- ¿Por qué lo decís?
MARCOS.- Como llamé muchas veces a la pensión y nunca estabas...
ANA.- No me dijeron nada. Tuve una semana -- muy ocupada.
MARCOS.- Mentís como un diputado. No disimules con el cigarrillo.
ANA.- Doctor Zudáñez, su despecho es demasiado visible para lo que corresponde a un seductor laureado.
MARCOS.- ¿Te voy a buscar y salimos a bailar -- por ahí?
ANA.- Dos ausencias simultáneas serían muy comentadas.
MARCOS.- (Sorprendido) ¿Tenés que rendir cuentas a alguien?
ANA.- Por estos días tengo mi alma bajo doble llave en su almarío.
ELENA.- (Entra discutiendo con Tito) Ahora ya no le pasa nada. No te pongas pesado. (A Marcos) ¿Por qué le dijiste?
TITO.- (Es un hombre de la misma edad de los anteriores, morocho, algo torpe para manejar su gran cuerpo, con algo turbio y desconfiado en los ojos y en la boca -- que tuerce en una mueca ácida). ¡Hola Ana! (Se aproxima a besarla: ella tiene un pequeño sobresalto, pero se contiene y se deja besar en la mejilla. Marcos los observa.)
ANA.- Está hecho un bebé.

ELENA.- Ana siempre tan discreta: cara de culito de bobé quiso decir.

TITO.- (Fastidiado) Y tú siempre tan "franca".

ELENA.- Vení Marcos; a esta hora Pedrito se descolgó por la ventana.

ANA.- Yo me...

ELENA.- No, no; quedate que estoy sola.

MARCOS.- Si me esperás te llevo en el auto. (A Tito) ¿No venís?
(Salen Elena y Marcos por lateral)

TITO.- Ahora te molesta que te bese.

ANA.- (Muy calma) Tito, por favor, estamos en casa de tu mujer.

TITO.- Delante de ella nos besamos siempre. Pero como hoy estaba Marcos presente...

ANA.- No tenés ningún derecho a interrogarme.

TITO.- ¿Lo confesás!

ANA.- No confieso nada. (Pausa). No tengo nada con Marcos. Y tampoco contigo.

TITO.- Eso lo sé bien. Pero lo otro...

ANA.- Sabés que no miento.

TITO.- ¿Con quién entonces?.

ANA.- (Desagradada). Con nadie. ¿Qué crees de mí?. Con nadie y estoy muy bien así. ¡Al fin tranquila!

TITO.- El sábado pasado no parecías tan tranquila.

ANA.- Vi como nos mirabas cuando bailábamos. Por eso mismo no iré mañana a casa de -- Raúl.

TITO.- Ana. ¿Qué te ha pasado conmigo? ¿Que te han dicho de mí? ¿Fué por Elena?.

ANA.- Basta Tito; nada me dijeron, lo sabés -- bien. Eso se acabó.

TITO.- Por tí me separé de Elena, por tí arruiné mi hogar, mi vida...

ANA.- No te pongas patético. Sabés que no es cierto. Ni soy la primera mujer con que engañaste a Elena ni la última.

TITO.- ¡Ah!. Es por eso, por Aurelia. Fuiste tú la que me incitó a ...

ANA.- (Exasperada interrumpe). No me importa -- de Aurelia ni de ninguna. No me cuentas

- nada, Tito, y dejemos todo como está; cada uno con su vida.
- TITO.- Sólo tú podés salvarme Ana. Ya ves cómo estoy y la vida que llevo. Si no me perdonás soy hombre al agua...
(Entra Adelita, una cincuentona larga que lucha exitosamente con los años. Un poco gruesa y de baja estatura, afectada a causa de los modales juveniles que adopta. Viste muy bien. Tiene nariz grande y constantemente se pasa los dedos por la punta en un gesto mecánico).
- ADELA.- ¿Tú hombre al agua?. Más bien sos un hombre al whisky. (Ríe). Anita querida no te pongás seria con éste y paga le una copa. (La besa).
- TITO.- (Hiriente). Hoy está muy graciosa mi proveccta suegra.
- ADELA.- Ya no lo soy, así que ahorrate los -- sarcasmos sobre mi edad.
- ANA.- Adelita, llegás cuando me voy. Decile a Elena que estaba apurada y que me perdone. Adios Tito. (Lo besa decididamente).
- TITO.- ¿Te voy a buscar esta noche?.
- ANA.- No. De noche descanso. Adiós.
- ADELA.- No pierdas tiempo, hijita. Te lo digo yo, que bastante me arrepenti. (Sale Ana. A Tito). ¿Se puede saber qué hacés en esta casa?.
- TITO.- Vengo porque se me da la gana.
- ADELA.- Pero no se te da la gana cuando se necesita plata. Hace meses que no aportás y me parece que el hijo es también tuyo.
- TITO.- (Despectivo). Callate.
(Entran Marcos y Elena).
- ADELA.- ¡Qué alegría verte Marcos!. Ahora contigo hay que sacar número.
- MARCOS.- (Investiga la presencia de Ana y mira a Tito). Adelita, contigo siempre el número uno. ¿Cuándo te ausculto?.
- ADELA.- No tardaré mucho, porque todo me fun-

ciona mal. (Coqueta e irresistiblemente - ridícula). ¿Será la vejez?

ELENA.- ¿Y Ana donde está?

TITO.- (Contesta a Marcos). Se fué; dijo que tenía una cita.

ELENA.- ¿No vas a ver al nene? Le dije que estabas.

TITO.- Bueno. (Sale).

MARCOS.- (Saca del bolsillo el talonario de recetas). Dejé las píldoras y empecé a darle fortificantes. Y el lunes mandalo a la escuela.

ELENA.- Así que está curado, ¿de veras?

MARCOS.- Totalmente. Sólo un poco débil.

ELENA.- (Con picardía). ¿Te parece que podré ir a la fiesta?

MARCOS.- ¡Claro! Y si no vas seguro que Raúl la suspende.

ADELA.- Marcos querido, tú que sos tan simpático. ¿Me hacés un favor?

MARCOS.- Que más quisiera. Decí.

ADELA.- Sin broma. Pedile a Raúl que invite a Alejandro a la fiesta, así se terminan los problemas.

MARCOS.- (Se queda cortado). Pero para eso la mejor recomendación es Elena.

ELENA.- ¡Ah no! Conmigo no cuenten.

ADELA.- Todos son iguales; vaya con los amigos.

ELENA.- ¿Por qué no se lo pide la mujer de Raúl?

ADELA.- Te veo las malas intenciones. Las relaciones de Alejandro y Laurencia son comerciales, nada más. Y podrías acordarte de que él te dió el empleo.

ELENA.- A propósito, mis muchachas están furiosas (A Marcos) ¿No sabés que es eso de la ley de la silla?

MARCOS.- Yo me encargo de los cuerpos. Por asuntos legales con Diego. Para algo es el abogado de la tienda. A propósito, Susana y Diego te van a llamar para salir esta noche con un francés amigo de ellos.

TITO.- (Entrando). Lo encuentro cansado.

MARCOS.- De tanto saltar en la cama.

ADELA.- ¡Es tan esmirriado!. Ese no tiene mi sangre.

MARCOS.- Yo me voy. ¿Venís?

TITO.- Bueno. (A Elena) Te llamaré de noche para saber cómo está.

ELENA.- Puede que salga.

TITO.- (Patético) ¡No lo vas a dejar solo!

ELENA.- (Muy tranquila) Si no te gusta venir a cuidarlo.

MARCOS.- Adiós Adelita, no me olvides.

TITO.- ¡Qué apurado estás! ¿Tenés alguna cita?

MARCOS.- Sí, y no te pienso decir con quién.

ADELA.- Esperenme un momento abajo, que le voy a dar un beso al nene. (Sale para interior).

MARCOS.- Hasta mañana Elena. (La besa y sale)

TITO.- Dame las recetas: yo te las manda.

ELENA.- ¿Tenés plata?. Esperá que te doy.

TITO.- No me ofendas.

ELENA.- (Burlona) Perdoná: antes no te parecía ofensa. Pero prefiero no recibir dinero tuyo. Decí que lo manden a cobrar.

TITO.- ¿Todavía me odiás?

ELENA.- ¡Ay Tito!, ¿por qué no tratás de usar palabras menos grandes?. Nos divorciamos para no tener escenas. Ahorrá melas y sigamos en buena armonía. Adiós querido. (Lo besa).

TITO.- Adiós Elena. Te voy a llamar pronto. (Sale).

ADELA.- (Entra apresurada) ¿Se fueron? Elenita querida, ¿me podés prestar el apartamento? El lunes, a las siete.

ELENA.- (Molesta) No, no puedo.

ADELA.- (Apremiante) Es una reunión con las señoras de la Confraternidad de las Cruces: cuestión de un par de horas y no te ensuciamos nada.

ELENA.- No puedo. Tengo a Pedrito en cama. Pedíselo a papá.

ADELA.- Como si no lo conocieras. Nunca sale de casa.

ELENA.- ¿Y con eso?. La casa es grande.
ADELA.- Ya sabés que se entromete en todo.
ELENA.- (Burlona) ¿Y las señoras de las Cruces -
necesitan tanta soledad?
ADELA.- (Furiosa) Hoy estás más insolente que --
nunca.
(Se oye un claxon)
ELENA.- Me parece que te llaman. Adiós mamá. (En-
tra al interior sin besarla).
ADELA.- (Abre de golpe la puerta exterior y se -
encuentra con Inés que iba a tocar tim--
bre. Pálida, rubia, asombrosamente tími-
da y al mismo tiempo audaz.) ¿Qué quiere?
INES.- ¿La señora Elena?
ADELA.- ¿Yo? Dios me libre. (Sale rápida, pasan-
do junto a Inés quien queda estupefacta.
Contempla la pieza vacía sin atreverse a
entrar).
ELENA.- (Dentro) Ni pensar en levantarte hasta -
mañana, querido. (Entra a escena). Pero
el domingo te prometo un gran paseo al -
zoológico. (Ve a Inés). ¿Qué hace ahí?
INES.- ¿La señora Elena?
ELENA.- Sí. ¿Qué desea?
INES.- Yo soy Inés.
ELENA.- Inés que?
INES.- Inés Maurelli.
ELENA.- ¿Cómo? ¿La hija de Raúl? Sabía que tenía
una hija pero nunca me la imaginé tan --
grande y tan bonita. Pasá, sentate y no
te preocupes del revoltijo porque tengo
al nene enfermo.
INES.- ¿Pedro?
ELENA.- Sí. ¿Lo conocés?
INES.- Va a la primaria de mi colegio.
ELENA.- Entonces pasá a saludarlo.
INES.- Creo que no simpatiza mucho conmigo.
ELENA.- Hoy mismo le doy el gran reto.
INES.- No, por mí no...
ELENA.- Por su mal gusto. Cuando se tiene cerca
a una muchacha tan linda hay que ser más
listo.
INES.- Pero no es por mí. Es por papá. Como no
lo quiere ..

- ELENA.- ¿Qué le pasa con tu padre?.
- INES.- Como papá viene mucho a esta casa...él piensa que...
- ELENA.- ¿Qué? ¿Tu padre en esta casa? Pero que querés decir?..
- INES.- Perdón señora...nada...(está muy confundida).
- ELENA.- Nada no. Evidentemente que estás sugiriendo...(Suena el timbre) una vinculación...(Pausa. Inés inclina la cabeza) Esperame, que quiero hablar contigo. (Abre. Entran Susana y Diego, ambos un poco mayores que Elena: él ya calvo, de lentes gruesos y sonrisa socarrona, delgado e irónico. Ella empieza a parecer áspera; muy flaca, sin pechos, usa lentes con montura de oro y camina muy erguida). ¡Hola! Marcos me dijo que pasarían de noche. (Se besan a lo largo -- del diálogo).
- SUSANA.- Volvíamos a casa a vestirnos y preferimos confirmar.
- ELENA.- ¿Cómo estás Diego? ¿Recogiendo oro a pa-las?
- DIEGO.- En plena crisis, mi linda troyana. Al abogado es al último a quien se paga.
- SUSANA.- ¡Pero mirá quién está; ¡Inés; (Se acerca a besarla) ¿Cómo estás? ¿Y tu madre?
- INES.- Bien, señora.
- ELENA.- Voy camino de formar un salón mundano. Hoy pasaron todos por casa, hasta mi ex-marido.
- DIEGO.- Justamente: quiero pasarle la cobranza del estudio.. ¿No sabés donde lo puedo encontrar?
- ELENA.- En algún bar.
- DIEGO.- ¿Cómo te va? Parecés la bella durmiente.
- SUSANA.- La bella soñadora, más bien. Ni pensar las cosas que pasarán por esa cabeza.
- DIEGO.- ¿Ya tenés novio? (Confusión de Inés -- que niega).
- ELENA.- ¡Los hombres; ; siempre creyendo que -

las mujeres sólo piensan en ellos.
DIEGO.- Pero ¿piensan en otra cosa?.
SUSANA.- ¿Y? ¿Nos acompañás?.
ELENA.- ¿Quién es mi "partenaire"?.
DIEGO.- Un francés que sale mañana para Chile.
Trabajamos todo el día y antes de partir
quiere conocer las lindas mujeres del --
país. Yo le dije que conocía a la Elena
de Troya, rediviva.
ELENA.- ¿Pertenece a los lindos hombres de Fran-
cia por lo menos?.
SUSANA.- Mirá, es muy amable. Y por cada encanto
que le falta tiene una esmeralda como --
una uña.
ELENA.- ...y está todo empedrado, ¿no es así?.
DIEGO.- Ayúdame, que quiero quedar bien con él.
ELENA.- Tengo que consultar a Pedrito. El es el
amo.
DIEGO.- Estoy tranquilo: ese chico tiene pasta -
de libertino.
ELENA.- (Molesta) No lo digas ni en broma (Sale).
DIEGO.- Andá y convencela. Le va a hacer bien --
después del encierro. (Susana sale). (A
Inés) ¿Eras tú la que hace una semana es-
taba en la rambla con Aurelia?.
INES.- Sí.
DIEGO.- ¿Son amigas?.
INES.- Nos conocimos en el colegio. Ella es un-
poco mayor. Pero este año abandonó los -
cursos.
MARCOS.- (Desde la puerta y sin ver a quienes es-
tán dentro). Aquí estoy de nuevo: ejem--
plar cumplimento de la profesión de mé-
dico.
DIEGO.- ¿Siempre que entrás en las casas, caca--
reás así?.
MARCOS.- ¿Estabas acá?. ¡Y tú también Inesita; --
¡Qué sorpresa verte sin uniforme;
DIEGO.- Dejate de tratarla como a una niña. ¿ No
ves que la ofendés ?
INES.- No doctor, no me ofende.
MARCOS.- ¿Cuántos años tenés?
INES.- Diecisiete.
MARCOS.- ¡Diecisiete¡.

- DIEGO.- ¿No te dije?
SUSANA.- (Que entra con Elena) El tirano dió su consentimiento. ¡Hola Marcos! (Lobesa) ¿Cómo va esa medicina mundana?
MARCOS.- Esforzándose por conquistarte.
DIEGO.- ¿Saben que Inesita es amiga de Aurelia?
SUSANA.- (Sorprendida) ¿De Aurelia?
ELENA.- (Idem) No puede ser: ¿desde cuándo?
INES.- Fuimos compañeras de Colegio.
MARCOS.- ¡Ah! ¿Y cuanto hace que no se ven?
DIEGO.- No te gastes alma cándida. Hace unos días las ví del brazo por la rambla. (Todos la miran en silencio, un momento. Inés baja los ojos. Marcos es el primero a reaccionar y se vuelve a Elena).
MARCOS.- Te traje yo el tónico, así estás más tranquila. Y en la farmacia le compré una armónica a ver si se amansa con la música. (Suena el timbre).
ELENA.- Ya ven: voy camino de tener un salón los viernes. No Marcos, no te quedes así; mis amigas una vez que se despiden no vuelven.
SUSANA.- Nosotros nos vamos,. (A Diego) Andando papá, que tengo que cambiarme.
INES.- (Se levanta) Yo también me voy.
ELENA.- No, no. Esperame que tenemos que hablar las dos. (Va y abre. Es Raúl, cincuenta años, cara sana, cuerpo de deportista. Lo acompaña Alberto de unos 20 años, buena estampa y voluntario gesto insolento. Marcos al verlos les hace adiós con la mano y va al interior). ¡Bueno! La familia Maurelli me visita en pleno.
RAUL.- ¿Cómo te va? ¿Cómo está Pedrito? (La besa).
ELENA.- Te presento a la señorita Maurelli.
INES.- Papá;
RAUL.- ¡Inesita querida! ¿Qué hacés aquí? (Se abrazan). Pichoncito, ¡cuánta ga-

- na tenía de verte;
- INES.- ¿De veras papá?
- RAUL.- Hoy pensaba ir por casa. Salud a todos. Perdonen las efusiones paternas, pero - hace ocho días que no nos veíamos.
- ELENA.- (Aparte) ¡Ah! ¡Con qué era por eso que vino ella!
- DIEGO.- Conmovidos por tu demostración. Mis hijos te cambiarían por mí gustosamente.
- INES.- ¿Vas a ir igual papá?
- RAUL.- Sí, ~~siempre~~ ~~siempre~~ que hacés aquí? (Inés queda cortada).
- ELENA.- (Sale a ayudarla) ¿Qué? ¿No tiene derecho a visitarme?
- RAUL.- ¿Entonces se conocían?
- DIEGO.- No es un padre, es un amante celoso. Ahora comprendo tu sistema de conquista. (Le saca el diario del bolsillo y lee)
- ALBERTO.- (Se adelanta frente a Inés) Ya que nadie toca clarines, aquí entro yo a escena: Alberto Ulleras, bufón calificado o sepulturero amateur.
- DIEGO.- O viceversa.
- RAUL.- Perdón, me distraje. (A Inés) Es un poeta, aunque un poco pesimista.
- ALBERTO.- Traducido al lunfardo ambiente: realista y verdadero.
- DIEGO.- (Desde detrás del diario) Vamos, Alberto, que Inés no es un crítico.
- ELENA.- No le hagas caso y sentate (Inés se sienta en el centro de la rueda donde permanecerá en silencio siguiendo con zozobra el diálogo).
- SUSANA.- Es hora de irnos papá. Se me hace tarde.
- RAUL.- Un momento Susana. No te fastidies, por favor. Sé buena. Pero ya que los encuentro quiero insistirles para que vayan mañana.
- SUSANA.- No me fastidio, ¿no sé por qué lo decís?. Sos despótico hasta en tus interpretaciones. No vamos porque el fin de semana desearía salir para afuera con las nenas.
- ELENA.- Muy bien Susana, defendé nuestros derechos
- RAUL.- (A Diego) ¿Cómo hacés para querer a tu mu

- na tenía de verte;
- INES.- ¿De veras papá?
- RAUL.- Hoy pensaba ir por casa. Salud a todos. Perdonen las efusiones paternas, pero - hace ocho días que no nos veíamos.
- ELENA.- (Aparte) ¡Ah! ¡Con qué era por eso que vino ella!
- DIEGO.- Conmovidos por tu demostración. Mis hijos te cambiarían por mí gustosamente.
- INES.- ¿Vas a ir igual papá?
- RAUL.- Sí, ~~me voy siempre~~ ¿qué hacés aquí? (Inés queda cortada).
- ELENA.- (Sale a ayudarla) ¿Qué? ¿No tiene derecho a visitarme?
- RAUL.- ¿Entonces se conocían?
- DIEGO.- No es un padre, es un amante celoso. Ahora comprendo tu sistema de conquista. (Le saca el diario del bolsillo y lee)
- ALBERTO.- (Se adelanta frente a Inés) Ya que nadie toca clarines, aquí entro yo a escena: Alberto Ulleras, bufón calificado o sepulturero amateur.
- DIEGO.- O viceversa.
- RAUL.- Perdón, me distraje. (A Inés) Es un poeta, aunque un poco pesimista.
- ALBERTO.- Traducido al lunfardo ambiente: realista y verdadero.
- DIEGO.- (Desde detrás del diario) Vamos, Alberto, que Inés no es un crítico.
- ELENA.- No le hagas caso y sentate (Inés se sienta en el centro de la rueda donde permanecerá en silencio siguiendo con zozobra el diálogo).
- SUSANA.- Es hora de irnos papá. Se me hace tarde.
- RAUL.- Un momento Susana. No te fastidies, por favor. Sé buena. Pero ya que los encuentro quiero insistirles para que vayan mañana.
- SUSANA.- No me fastidio, ¿no sé por qué lo decís?. Sos despótico hasta en tus interpretaciones. No vamos porque el fin de semana desearía salir para afuera con las nenas.
- ELENA.- Muy bien Susana, defendé nuestros derachos
- RAUL.- (A Diego) ¿Cómo hacés para querer a tu mu

- jer en estado sobrio?. Yo la tendria borracha todo el dia.
- DIEGO.- ¿Y quién me atenderia el estudio?
- MARCOS.-- (Entrando) Ya está. Se tragó la primera dosis sin chistar. Pero vas a tener que aguantar su aprendizaje de armónica. ¿Lo oís? (Hasta finalizar el acto reaparecerá la armónica).
- ELENA.- Gracias Marcos: sos el médico ideal.
- ALBERTO.- No cobra ¿o canjea el metálico por especies turgentes?.
- DIEGO.- Alberto, afiná el ingenio, alguna vez al menos.
- SUSANA.- Nosotros nos tenemos que ir. Levantate papá, o me voy sola y me llevo el auto.
- DIEGO.- (Incorporándose) Eso es conviente mamá; hasta venderlo no quiero que se rompa.
- SUSANA.- Adiós Raúl. Tu hija está encantadora. (Insidiosa) ¿Por qué no la llevás a ella a tus fiestas?.
- RAUL.- (Molesto) Tiene tiempo.
- ELENA.- ¡Si es una colegiala! ¡Miren cómo se pone colorada! Yo nunca pude.
- MARCOS.- ¡Como no! ¿No te acordás cuando Miss Randall te pescó pintándote las uñas de los pies en clase?.
- ELENA.- (Ríe) Y yo traté de demostrarle que era muy pedagógico.
- RAUL.- ¿Ustedes también tuvieron a Miss Randall?.
- SUSANA.- ¿Y quién no? (A Inés) ¿No es profesora tuya?.
- DIEGO.- Pero Susana, si debe estar muerta.
- SUSANA.- Pero papá, ¿cómo se te ocurre? No era tan vieja; era idiota nada más.
- DIEGO.- Fue hace veinte años mamá.
- ELENA.- ¡Estás loco!
- MARCOS.- Los códigos te han envejecido la memoria, ~~...~~.
- DIEGO.- Veinte años, insisto. 1939: todavía Hitler no había invadido Polonia. Yo

- me incorporé por junio al grupo, después de la neumonía y me llamaban el tisiquito. Ensayábamos "Amorios" de los Quinteros.
- ELENA.- ¡Dios mío! Es cierto. En los ensayos se me declaró Tito por primera vez.
(Larga pausa. Ni se miran)
- RAUL.- (Trata de bromear) Ha pasado un ángel.
- ALBERTO.- (Sarcástico) Sí, pero mortuario.
- SUSANA.- ¡Tan cerca todo! (A Diego) Te veo entrar en clase y me acuerdo clarito de lo que pensé.
- MARCOS.- Eso demuestra que no hemos cambiado nada: ya éramos perfectos de chicos.
- DIEGO.- Lo único que demuestra es que envejecemos. La vida es linda: ¡lástima que no dure!
- ELENA.- (Soñando) Uno parpadea y son veinte años. Pero yo soy la misma. Puedo cerrar los ojos y entrar de puntillas en la casa atravesando el dormitorio de mi tía como cuando tenía 16 años y se me había hecho tarde. No me tropezaría con un solo mueble y la oíría dormir con esa paz que me daba miedo.
- MARCOS.- ¿Los próximos veinte pasarán igual?
- DIEGO.- Preguntásele a Raúl.
- RAUL.- ¡Epa! Todavía me falta.
- ALBERTO.- 1979: ¿seremos todavía iguales?
- RAUL.- Si no mejoramos sería preferible desaparecer desde ya.
- ELENA.- Lo que es yo no quiero cambiar. (Perpleja) Aunque tampoco quisiera que los años pasaran tan rápido.
- MARCOS.- Podemos incorporarlo a tu fiesta: ¿cómo seremos dentro de veinte años?
- RAUL.- Un poco lúgubre porque yo no sé si "seré" para esa fecha.
- SUSANA.- (Pensativa) Yo sí que sé como seré.
- DIEGO.- ¿Es agradable, mamá a debo divorciarme en previsión?
- SUSANA.- No se puede evitar. Te acostumbrarás tan suavemente que no te parecerá mal.

Alento (Alpimento auel) - Fetiche no se perale-
reis uada, Tait. The haremos en-alamas
te pambueno, paraolito en el rincón de
los alinohadores. Confia en urotus.

Uruos. - Si trabaja de fetiche para pambueno
la forma de la uagua.

Olona. - Uruos) Si pin tendrá un prototipo
para la danza del aublipe.

pag. (x)

Espero.

DIEGO.- ¿Y yo como seré?

ALBERTO.- (Que está de pie a su lado) Un cerdo gordo, lleno de plata y completamente pelado.

DIEGO.- Y tú un poetita pedigueño y resentido.

ELENA.- Lo único que faltaba, que nos peleáramos con veinte años de anticipación.

MARCOS.- Seremos iguales pero viejos y se nos verán en la cara todas las mañas. Por si acaso me pienso fabricar una máscara.

ELENA.- ¿La de Don Juan Tenorio?

MARCOS.- ¿Es la que me va mejor?

SUSANA.- (A Raúl que se ha acercado a un espejo) Vean a Raúl sorprendido en pleno arrebatado de coquetería. ¿De qué tenés miedo?

RAUL.- Es reconfortante mirarse al espejo: uno siempre está temiendo que la cara se le haya deformado. No te preocupes Marcos: son de buena calidad y resisten.

DIEGO.- Habría que esperar al 79 para saberlo, pero yo presiento que me quedaré en el camino, (A Raúl) para acompañarte mi viejo. Sos mi único rival en ajedrez.

INES.- (Se levanta y se arroja en brazos de su padre) ¡Papá!

RAUL.- Inesita, ¿qué te pasa? ¡Estás temblando!

INES.- No me siento bien: quisiera irme a casa.

RAUL.- Te tengo abandonada: tu madre tiene razón sobre mí.

INES.- No papá. Es culpa mía.

ELENA.- No la martirices, Raúl.

INES.- Discúlpeme: soy muy tonta.

RAUL.- Pero no te vas a ir así, sola. Esperame.

ALBERTO.- Si querés yo la llevo en el auto: en mi papel de chofer soy imbatible.

RAUL.- Ahí está: él te lleva. Y mañana iré a a visitarte. Prometido.

INES.- Gracias. Hasta mañana papá. (Lo besa). Buenas tardes a todos.

DIEGO.- Nosotros también nos vamos. Venimos a buscarte más tarde, Elena.

ELENA.- De acuerdo (A Inés) Vení a verme cuando quieras. Seguiremos aquella conversación.

INES.- Gracias señora, y disculpe.

MARCOS.- Y si no, iremos a visitarte nosotros para que no nos olvides.

INES.- Muchas gracias doctor. (Sale).

ALBERTO.- ¿Te traigo el auto aquí o paso por la Oficina?

RAUL.- Pasá por la Oficina. (Sale Alberto).

SUSANA.- Adiós Raúl (Lo besa). Yo a una hija -- mía jamás la pondría al cuidado de Alberto.

RAUL.- ¿Hay alguien de quién piensas bien?

SUSANA.- Sí. De tí. Hasta luego Elena (La besa) Espero verte deslumbrante.

MARCOS.- (A Raúl) Ese Alberto tiene un lugar es perándolo en el noveno círculo del Infierno: traidor a sus protectores. Y resulta que el protector sos tú.

DIEGO.- ¿Y a tí cual te corresponde?

MARCOS.- ¿El segundo es el de los lujuriosos, no?

DIEGO.- Adiós Raúl. ¿Venís Marcos?

MARCOS.- Enseguida. (Salen Susana y Diego). Raúl, ¿te pasa algo?. Dicen que el médico es medio confesor y yo soy confesor y medio.

RAUL.- Muchas gracias querido, pero estos achaques no los arregla el médico.

MARCOS.- ¿Ni el amigo?

RAUL.- (Forzadamente festivo) Me parece que ni Dios. Pero igual te agradezco que...

MARCOS.- Me escapo. Se viene la sentimentalina. Hasta mañana Elenita. (La besa) Chao caro. (Sale).

- ELENA.- ¡Te has puesto tan melancólico!
- RAUL.- ¿Sabés qué pasa veinte años después? .
Se pierde aquel sabor urgente de las -
cosas de la vida.
- ELENA.- ¡Mi viejo, Raúl!
- RAUL.- Sí, ¡viejo!. Yo sigo esperando, como -
de muchacho, algo nuevo que sacuda. Ca
da vez con más escepticismo.
- ELENA.- ¿Por qué no te decidís a ser malo?. Eso
siempre anima.
- RAUL.- Me despreciaría a mí mismo.
- ELENA.- ¡Oh! Esa conciencia escrupulosa que --
llevás siempre a cuestas, como el cara
col la casa; ¿No te molesta?.
- RAUL.- Muchas veces. Pero si al caracol le sa
cás la cáscara, se transforma en babo
sa. No me gustaría.
- ELENA.- (Ríe) A mí tampoco; ganaste.
- RAUL.- ¿A qué vino Inesita?.
- ELENA.- No sé; nos interrumpieron y después no
quiso hablar delante de otros. Sospe--
cho que... Ana diría que es una adoles
cente de cuento fantástico.
- RAUL.- Tu no te vas a reír; así era yo a su -
edad.
- ELENA.- Lo seguís siendo, Raúl. Sos el más ni
ño de todos, a pesar de tus años.
- RAUL.- Y tú la más comprensiva de las mujeres.
- ELENA.- La más loca, quizás. ¿Sabés una cosa?
Inés cree que nosotros dos somos aman
tes.
- RAUL.- ¿Cómo?.
- ELENA.- Susana nos interrumpió cuando ella me
lo estaba diciendo, casi sin darse cuen
ta.
- RAUL.- ¿Cómo lo tomaba?.
- ELENA.- ¡No te digo que nos interrumpieron?(Pen
sativa) Una noticia atrasada ; y en dos
años!.
- RAUL.- Te hice sufrir mucho.
- ELENA.- En aquel momento sí. Ahora puedo decir
lo sin que se me retuerza el hígado.
Aquella noche, cuando te despediste en

¡No te disculpes! Si te comprendo de colera. (Le oye la ar.
monica) ¿he sí? Esa es una pasión porosa y extra-
vagante, y por toda del mundo, ni siquiera es una
felicidad, lo abandonaría.

Raul: Estamos atrapados ^{eterna} y no hay modo de
zafarnos. Cuando lo intenté fue para por.

АСТО 2°

A C T O I I

ESCENARIO: Estudio amueblado con lujo y cierta rareza, en casa de los Maurelli. Por las grandes ventanas del fondo se ve descender encima de las copas de los árboles, una tarde dorada de primavera. Sobre una mesa libros y papeles revueltos; Inés prepara un examen. - Al levantarse el telón Inés y Alberto, éste último en visible estado de inquietud. -

ALBERTO.- Realmente podríamos tutearnos.

INES.- ¿Si usted quiere...

ALBERTO.- ¿Pensaste en lo que te dije ayer?

INES.- No sé bien en qué debía pensar. Usted perdone.-

ALBERTO.- ¿No nos tuteamos?

INES.- Sí, disculpe. Me da vergüenza recordar lo de ayer. Hice un papelón en casa de la señora Elena.-

ALBERTO.- ¿Ves? Es lo mismo de que hablamos. Son ellos quienes nos hacen avergonzarnos. Nos mueven como si fuéramos muñecos. Les servimos de diversión y se ríen siempre, hasta cuando sufrimos.-

INES.- Y sin embargo no parecen felices.-

ALBERTO.- Sí, lo son, a costa nuestra. Trabajé de mañana y de tarde detrás de un mostrador, y de noche a la fiesta con ellos, a divertirlos. ¿Estás cansado? A ver ese espíritu juvenil. Sí, claro, trabaja mucho. ¿Si nos fuéramos a un ~~café~~ ^{café en el centro del puerto}

INES.- Pero papá no, ¿no es verdad? Ud. me dijo que papá le iba a conseguir otro empleo.

ALBERTO.- Tu padre es una víctima.-

INES.- ¿Sí? ¿Por qué?

ALBERTO.- (En lo suyo) Nosotros, los que somos jóvenes, debemos unirnos y no dejar que nos ensucien. Defendernos para hacer nuestras

vidas, y que sean puras y llenas de fervor y de alegría.= ¡Ah! ¡qué viejo, qué enredado me siento ya!

INES.- (Enternecida) ¿Cuántos años tenés?

ALBERTO.- Veintiuno.-

INES.- ¡Oh! yo creía...

ALBERTO.- ¿Qué?

INES.- Como salía con ellos... Debés ser como yo? Ponés cara seria cuando estás con ellos y no te atrevés a hablar?

ALBERTO.- Al principio sonreía siempre, y cuando hacían un chiste reía muy fuerte, aunque fuera el único. Ahora no me pueden tofar porque enseguida echo veneno como un escorpión. Pero hasta eso les gusta. Todavía más que mi docilidad de antes. (Irónico); Me es toy haciendo hombre!

INES.- ¿Y no les tenés miedo?

ALBERTO.- Los odio, sobre todo a Diego.-

INES.- ¡Ellas son tan lindas y parecen tan seguras...!

ALBERTO.- ¡Me siento tan solo, tan perdido a veces!- Pero en cuanto consiga el empleo ya verán me las pagarán. Los pondré en ridículo y luego me iré.- (Transición artificiosa).-- ¿Si nos fuéramos juntos Inés?

INES.- ¿Yo?

ALBERTO.- Los dos. Si te quedás con ellos te usarán de bufón, como a mí, o de algo peor, como a Aurelia. En cambio los dos podremos burlar nos de ellos, y les dolerá mucho si somos dos, nosotros justamente, los que nos vamos

INES.- ¿Pero ir adónde?

ALBERTO.- Irnos juntos. Porque sos distinta, como yo, Me ayudarás, estarás a mi lado. Yo me sentiré seguro como ellos.

INES.- No te entiendo bien. ¿Estás diciendo que me querés?

ALBERTO.- (Sorprendido) Estarás conmigo: ¿No te das cuenta? Te sentirás fuerte: tú también los mirarás cara a cara. ¿Qué decís?

~~INES.- No sé. ¿Si lo habláramos después de las em~~
~~monas?~~

INES.- No sé. ¿Si lo hablaríamos después de los exámenes?

ALBERTO.- Me despreciás.-

INES.- No Alberto. Yo también vivo sola y a veces tengo miedo. Pero hay que pensar con mucho cuidado. ¿Nunca te preguntaste para qué viniste al mundo?

ALBERTO.- Yo me pregunto ^{como} ~~por que~~ ellos pueden ser felices.-

INES.- Yo pienso que cada uno nació para algo. Pero como la vida es muy confusa cuesta mucho trabajo descubrir el "para qué". Es el destino que nos marcaron.-

ALBERTO.- ¿Cuál es el tuyo?

INES.- Lo estoy buscando. A veces me parece que me lo han dicho mientras dormía, en un sueño. Cuando me despierto me esfuerzo por recuperarlo, y no puedo; se me escapa. Pero no me desanimo, no creas. Espero que venga a darme la noticia en la próxima noche. Y lo espero con miedo. No sé por qué pienso que va a llegar la hora en que me exijan un gran sacrificio y me avergonzaría tanto no saber cumplirlo. ¿Qué tonta soy! (Suena un timbre. Inés da un paso).-

ALBERTO.- No atiendas.

INES.- La muchacha salió.

ALBERTO.- Mejor, no atiendas.-

INES.- Puede ser papá; me dijo que vendría.

ALBERTO.- Si es él ni una palabra de lo que hablamos.-

INES.p Si, sí, no temas, no va a preguntar nada.-- (sale).

ALBERTO.- (Arrepentido de su flaqueza se las echa de hombre) Bueno; esta ya es mía. (Al caminar se ve en un espejo y se contempla sorprendido, cubriéndose luego la cara con las manos). Dios mío, ¿Qué estoy haciendo? (Entran Inés y Marcos.)

MARCOS.- Estabas tan nerviosa que me dije: Aquí debe intervenir un médico. (Ve a Alberto)-- ¿Tú por aquí?

- ALBERTO.- Si, yo, Inés, contemplá lo que es un médico
consciente: trabaja hasta en el "sabbat".
- INES.- (A Marcos) Vino a buscar a papá.
- MARCOS.- Te estás haciendo hombre de apuro.
- ALBERTO.- Buenos modales tengo, mi señor. No repro--
chéis al discípulo su inexperiencia. Adiós
Inés.-
- MARCOS.- ¿Vas esta noche?
- ALBERTO.- ¿Se quedaron sin bufón?
- MARCOS.- No: sin aguafiestas.-
- ALBERTO.- Ese es mi mejor papel. (Irónico) El amor--
sopla en la primavera pero igual huele a
podrido. Adiós. (Sale).-
- MARCOS.- ¿Qué hacía aquí?
- INES.- (Sin mirarlo) Vino a buscar a papá
- MARCOS.- ¿Con que ya has aprendido a mentir!
- INES.- El me pidió que dijera eso.
- MARCOS.- Bueno: mentir es ahora cuestión de proto--
colo. (Transición). ¿Qué estás haciendo?
- INES.- Estudiando para un examen que tengo la -
semana próxima.-
- MARCOS.- (Oyen voces de niño) ¿Qué es eso?
- INES.- Son los hijos de la cocinera que han in--
vadido la terraza. Se pelean todo el día.
- MARCOS.- Ese cabezón de pelos de alambre se va a
tirar para abajo.-
- INES.- (Abriendo una de las ventanas). Timote, no
saques la cabeza entre los hierros. Y tú,
no empujes a tu hermana.-
- MARCOS.- ¿La nena es de la misma tribu?
- INES.- Si, sólo se nota después que la lavan. (Ri--
en). ¿Qué tarde maravillosa! Parece que--
no fuera a terminar nunca!
- MARCOS.- Y como si fuera poco, ocupa todo el cielo:
mirá qué derroche.- ¿Vamos a dar un paseo?
- INES.- Me gustaría, pero espero a papá. Y además--
tengo que estudiar,
- MARCOS.- Tenés que descansar un ratito. ¿Si nos fué
ramos allí enfrente? Desde ahí lo veremos
llegar.-
- INES.- Sí... Podría....
- MARCOS.- ¿Tomaste algún helado en esta temporada?
- INES.- Todavía no.-
- MARCOS.- Entonces vamos. En cuanto lo pruebes sabrás

- que llegó el verano...
- INES.- ¿Vamos a festejarlo?
- MARCOS.- Eso es: en honor del verano y a mayor gloria de nosotros dos.-
- INES.- (Se detiene cuando ya salen) (dulce mente) Muchas gracias doctor.
- MARCOS.- (Idem) Ningún doctor: Marcos. Y no te adelantes a decir lo que nos corresponde a nosotros. (Salen. La escena queda vacía un rato. Se oyen los gritos de los niños y más lejos un pregón callejero. Luego se abre la puerta y entra Laurencia: cincuenta años, perfil de pájaro inquieto, brazos muy largos que agita siempre. Se vuelve a la puerta donde espera Alejandro: cuarenta años gordos, calvo, una mezcla de obsecuencia y arrogancia, una pronunciación extraña, germano-italiana.)
- LAURENCIA. ¿Qué hace en esa puerta? Entre.
- ALEJANDRO. ¿No está?
- LAURENCIA. ¿Quién?
- ALEJANDRO. Su marido.-
- LAURENCIA. Qué me importa si está o no. Nunca le he rendido cuentas a nadie. Y después de lo que Ud. me contó mucho menos.
- ALEJANDRO. Pero como estamos en su casa...
- LAURENCIA. En mi casa, querrá decir; comprada con mi dinero, alhajada con mi dinero. Todo es mío. Hasta la ropa que usa Raúl la pagué yo.-
- ALEJANDRO. Pero comprenda, Laurencia; Si me encuentra aquí, después de sus amenazas
- LAURENCIA. Usted le tiene miedo.-
- ALEJANDRO. ¿A su marido? Es Ud. quien me inquieta Laurencia y me apena el mal que le hice al contarle...
- LAURENCIA. No me dijo nada que yo no supiera. No se haga ilusiones. Hace dieciocho años que lo sé un mujeriego y un jugador. Pero por la Santísima Virgen lo juré me las pagará.-
- ALEJANDRO. Su mejor venganza sería abandonarlo.

LAURENCIA. Ud. me exaspera con sus cuentos.
ALEJANDRO. La estimo demasiado para permitir que la destrata.
LAURENCIA. No puede ser. Raúl no es como Ud. dice. Yo lo conozco bien.
ALEJANDRO. ¿Quiere más pruebas? Las tengo.-
LAURENCIA. Quiero que cierre la ventana. No puedo oír más esos gritos. (Alejandro cierra); Y yo lo amé! ; Y él lo sabe, sabe que me rendí-- y de eso se aprovecha! ¿De qué pruebas -- hablaba?
ALEJANDRO. (Saca unos papeles del portafolios) Hoy me las entregó la cajera. Son vestidos de mujer que compró cargándolos a su cuenta. Seguramente para la fiesta que da esta noche en su apartamento.-
LAURENCIA. No me hable con esa vocecita insidiosa.-- ¿Qué busca?
ALEJANDRO. Desde que Ud. es mi socia...
LAURENCIA. Propietaria.
ALEJANDRO. ...ha gastado miles de pesos, en su cuenta claro está. Como si la tienda fuera suya.- Todo por Elena. Pero con ella no podrá por que no es como las otras.
LAURENCIA. ¿Por qué? Si es buen mozo, si tiene dinero, si es cariñoso e inteligente. ¿Qué tiene ella mejor que otras? Hablaré con Adelita.
ALEJANDRO. No vale la pena.-
LAURENCIA. ¿De qué teme que me entere si hablo con ella?
ALEJANDRO. Nada que me inquiete. Eso en que Ud. piensa terminó.
LAURENCIA. ¿También para ella?
ALEJANDRO. Es buena corredora de la tienda. No vamos a prescindir de ella porque tenga trastornos sentimentales.-
LAURENCIA. Pero podríamos echar a la hija.-
(Suena el timbre. Ambos se miran.)
LAURENCIA. (Irónica) ¿Quién cree que puede ser?
ALEJANDRO. (Idem) ¿Espera a alguien?
LAURENCIA. ¿Me está fiscalizando? (Otro timbrado) La mucama está enferma. ¿Atienda, me hace el favor?
ALEJANDRO. No soy el dueño de casa.-

LAURENCIA. Pero soy yo quien se lo pide .--
(Pausa, despectiva) Puede ir tranquilo; mi marido tiene llave.-

ALEJANDRO. No era por eso. (Sale a abrir y vuelve enseguida con Laurencia Aurelia. Parece algo mayor que Inés. Es una belleza morena, muy segura de sus encantos, que viste con excesiva ostentación y bastante mal gusto).
¡La deslumbrante Aurelia! Tenés un destino glorioso en el cine.-

AURELIA. Buenas tardes, señora. ¿Cómo está de salud?

LAURENCIA. (Seca) Perfectamente, como siempre. ¿Qué buscás?

AURELIA. Venía por Inés.-

LAURENCIA. No sé si está.-

ALEJANDRO. Inés es un pájaro. Cuando vinimos la ventana estaba abierta; por ella debe haber volado.-

INES.- (Entra apresurada) Te vi pasar, te llamé y no me oíste. (Ve a su madre); Mamá! ¿Cuándo llegaste?

LAURENCIA. ¿Dónde estabas?

INES. En el café de enfrente. (Se besan)

ALEJANDRO. Te explico el misterio: subimos por el ascensor desde el garage. Ahora me saludás?

INES. Buenas tardes don Alejandro. (Le da la mano).-

ALEJANDRO. ¿Qué protocolar! ¿Cómo van esos estudios Inés?

INES. De a poco.

ALEJANDRO. ¿Para qué querés ser una sabia si ya sos bonita? Mira a Aurelia.-

AURELIA. ¿Usted me está tratando de ignorante?

INES. No: quiere decir que sos muy linda, y es cierto.-

LAURENCIA. Vamos a trabajar. ¿Trajo el nuevo contrato?

ALEJANDRO. En este portafolios va la segunda gran tienda "Sandro" que pasará a la ciudad entera! (Salen)

Te estuve llamando
toda la tarde.

-30-

- INES. Aurelia, hoy está por ocurrir algo muy, pero muy maravilloso. ¿Qué bonita estás! ¿Cuánto te quiero! (La abraza)
- AURELIA. (Trata de soltarse) No me aprietes tanto, no seas criatura. (Inés se aparta) ¿Hablaste con tu padre?
- INES. Todavía no vino. Lo estoy esperando.
- AURELIA. Tengo que verlo antes de la noche y que lo sepa; si Ana va al baile habrá escándalo. Si él es amigo de Tito tiene que ayudarme a sacarlo de las manos de ésa...
- INES. No hables así, No te reconozco.
- AURELIA. Defiendo lo que es mío. Ana lo acosa para que vuelva con ella.-
- INES. Pero si él te quiere...
- AURELIA. Con eso no alcanza. Ella le ruega y él es demasiado bueno. Dentro de unos años ya sabrás lo que es esto.
- INES. Todos dicen lo mismo. ¿Valdrá la pena crecer para saberlo?
- AURELIA. (Sin oírla) Si lo hubieras visto... Ayer se la encontró en casa de Elena y ella le hizo una escena. No podés imaginarte lo que Tito ha sufrido.-
- INES. A papá lo debe odiar.-
- AURELIA. ¿Qué tiene que ver tu padre?
- INES. Es el amante de Elena. Fue por él que se divorciaron. No lo niegues, yo se lo oí a mamá.-
- AURELIA. Tu madre exagera en todo. No le hagas caso y dedícate a tus libros. (Se pone a revisar los libros).
- INES. (Pausa) ¿Cómo es Marcos?
- AURELIA. Tito lo defendió espléndidamente: un seductor de oficio. Cualquier mujer le da lo mismo, siempre que sea por poco tiempo. Vos tené cuidado.-
- INES. Es muy amigo de papá.
- AURELIA. Si creés que eso detiene a un tipo como Marcos.
- INES. ¿Y Alberto?
- AURELIA. Es un trepador.
- INES. ¿Y Alejandro?

- A URELIA. ¿Me estás haciendo un cuestionario? Y, ¿qué sé. Preguntale a tu madre? ^(a Tito) ¿Qué estás leyendo?
- INES. Para el examen. Decime, ¿sabés lo que es la Arcadia?
- AURELIA. Nunca oí hablar. ¿Por qué?
- INES. En los apuntes de Ordóñez se lo cita a cada rato. ¿Te acordás de Ordóñez, que se teñía las patillas?
- AURELIA. ¡Ah! ¡Qué suerte que abandoné! - Mirá que son cosas aburridas, y - ¡para lo que sirven!
- INES. ¿Estás contenta con tu empleo?
- AURELIA. No hablaba de eso.
- INES. (En la ventana) Se fueron los niños.
- AURELIA. ¿Qué niños?
- INES. Los de la cocinera. Vienen a jugar a la terraza y parece el patio de la primaria, en el colegio. Tampoco te acordarás de nosotras dos, cuando niñas... (Se abre la puerta y aparecen Raúl y Diego.) ¡Papá! ¡Viste.-
- RAUL. ¿No te lo había prometido? (La besa) ¿Cómo estás Aurelia? (A Inés) Cada día se pone más linda. Le tengo envidia a Tito.
- DIEGO. ¡Hola!
- AURELIA. Raúl, no cuentes conmigo para esta noche y tampoco con Tito.-
- DIEGO. ¡Lo secuestró!
- RAUL. ¿Le pasó algo a Tito? ¿Dónde está? (Entra Susana que se queda en el fondo, contemplando)
- AURELIA. Es conmigo con quién tenés que hablar. A él lo envuelven con toda facilidad.-
- DIEGO. ¿Te nombró su Ministro de Relaciones?
- RAUL. Empezá por tranquilizarte y después decime de quién estás hablando.-
- AURELIA. Sabés muy bien que hablo de Ana.-

- Si va ella, nosotros no vamos.-
- RAUL. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?
- DIEGO. Está sugiriendo algo realmente sensacional. ¿Quieres decir que Tito y Ana...? (Hace un gesto para indicar unión).
- AURELIA. No te hagas el gracioso. Lo sabés todo como yo, y si fueran amigos de veras, a esa deberían cerrarle la puerta.
- INES. Tranquilizate, Aurelia, por favor.
- AURELIA. A mí no me van a envolver.
- RAUL. Bueno, bueno. Decile a Tito que venga a hablar conmigo.-
- AURELIA. No y no. Todos ustedes le están amargando la vida.-
- SUSANA. (Irrumpe burlona) ¿Y tú a nosotros? Desde que te metiste en nuestro círculo nos tenés a los saltos con tus arrebatos neuróticos.
- AURELIA. A usted le convendría guardar la lengua -- en la boca, porque lo que es yo no me meto en los negociados de su marido.-
- DIEGO. Empezó el "yo acuso" general. ¡Deliciosa reunión de familia!
- RAUL. Inés, llevátela para dentro. Tengo que darle unos documentos a Diego. Luego hablaremos los tres -
- INES.. Vamos, Aurelia. (Trata de llevarla, pero Aurelia se detiene al oír a Susana).-
- SUSANA. (A Raúl) Estoy harta de sus molestias imperitantes.
- AURELIA. Lo que la molesta en que haya otros que piensan de su marido lo mismo que piensa ella. ~~lo mismo que piensa ella.~~
- SUSANA. Me molesta la bobería de tus años: que te creas la más inteligente y la más bonita y la que tiene el mejor hombre y la única que "ama" de veras. ¡Eso que llamás amor!
- RAUL. Es una criatura, Susana; no sabe lo que dice
- SUSANA. Soy tu amiga Raúl y te quiero; pero no puedo aguantarte esa manía de la caridad universal con criaturas tontas.-
- AURELIA. ¡Su amiga! Inés, contá lo que viene a decirle a tu madre sobre su querido amigo Raúl.
- SUSANA. Nada que no le diga a Raúl cara a cara.-
- AURELIA. Todo para que su maridito pueda cortar una

- buena tajada de los millones de -
Laurencia.-
- DIEGO. (Conteniendo mal su enojo). Esas -
son las frases de Tito, hasta con-
las comillas. Divina Aurelia, no soy
la primera manzana apetitosa que-
veo pudrirse, pero sí la más escan-
dalosa y la más barata. (Tensa paa
sa).
- INES. (En un arranque) Usted es un bruto
¡Qué se ha creído! (Aurelia se --
echa a llorar) ¡Solo falta que le-
pegue.-
- RAUL. (Con visible irritación). Me extra-
ña en ti Diego. Si no te conociera
diría que ella ha dicho la verdad.
(Se abre la puerta interior y apa-
rece Laurencia. Pausa. Inquietud de
Inés que contempla a su padre.)
- LAURENCIA. ¿Qué escándalo es este? ¿Qué hacen
aquí ustedes?
- SUSANA. Buenas tardes, querida. Pasamos a sa-
ludarte...
- LAURENCIA. (A Raúl) ¡Viniste! Al fin te hicis-
te de coraje, después de ocho días.
- RAUL. Te suplico, Laurencia, que dejemos -
para después.
- LAURENCIA. Te habrás quedado sin dinero.
- RAUL. No estamos solos...
- LAURENCIA. Ya veo... Te viniste con tu comiti
va. de holgazanes.
- ~~RAUL. ¡Laurencia!~~
- ~~LAURENCIA. Necesitas dinero para ellas y sus
fiestas.~~
- RAUL. Me niego a discutir contigo. Adiós.-
(Va a salir)
- INES. ¡Papá ¡No me dejes!
- RAUL. Ven conmigo..
- LAURENCIA. (A Inés) No te muevas de aquí. (A
Raúl) No puedes marcharte sin dar
me explicaciones.
(En la puerta interior aparece Ale-
jandro poniéndose el saco)
- RAUL. ¿Qué hace ese individuo en mi casa

En lo hablaremos después.

-34-

- LAURENCIA.. En mi casa, la mía; tuyo aquí no hay nada.-
RAUL. Mientras yo esté aquí, usted no entra. Vaya saliendo.
- ALEJANDRO. (Da un paso para salir) Dejé el portafolios, ~~en el escritorio.~~
- ~~LAURENCIA. ¿Dónde va? No le tenga miedo. (Alejandro sale al interior).~~
- SUSANA. Vamos Raúl, tiene razón Laurencia. Déjate de provocar escándalos.
- LAURENCIA. No necesito tu ayuda Susana. El escándalo lo provooco yo.
- DIEGO. Nosotros estamos de más. Salgamos pronto.- (Susana sale de inmediato, ofendida por la respuesta de Laurencia. Diego le hace señas a Aurelia y enseguida a Alejandro que ha ido por su portafolios. Salen todos, menos Raúl, Laurencia, e Inés en el fondo de la escena)
- RAUL. No puedes hacerme ningún reproche serio, bien lo sabes. Recapacitá un momento.
- LAURENCIA. No nos rebajemos hablando de dinero. Sólo les importa a estos menesterosos de que te has rodeado. Puedo reprocharte el desprecio en que me has puesto.
- RAUL. Siempre te respeté.
- LAURENCIA. Como al mueble que ocupa el sitio de honor en la sala y al que ni se mira. ¿De eso nosotros culpable?
- RAUL. Sí, soy culpable, lo admito. ¿Y con eso? ¿has conseguido algo? No es la primera vez que lo confieso. ¿Se ha arreglado nuestra vida?
- LAURENCIA. (Como fatigada) No, no se arregla.-
- RAUL. ¿Es culpa mía si los sentimientos se gastan? ¿Qué sabía yo cuando me enamoré de ti y de tu extravagancia que un día se terminaría todo? Como si se agotará la batería-- del motor. Y no hay nadie que nos cambie las piezas gastadas.
- LAURENCIA. Siempre orgulloso, aún hoy que nada te queda. Pero ese orgullo ¿lo aplicaste a todos los que te rodeaban?
- RAUL. (Tocado) No hablemos de eso, por favor.
- LAURENCIA. Te has ensuciado y has ensuciado a los demás
- RAUL. Sos capaz de la mayor crueldad porque te ---

- creés siempre la víctima. No estoy -
dispuesto a comprenderte más, ni a -
perdonarte.
- LAURENCIA. (Apaciguada) Ya ves adónde me has
llevado. Decime qué ha pasado, conven-
ceme; si yo confío en tí.-
- RAUL. ¿Por qué no me respetaste como yo
lo hice? ¿Qué querés saber de mí? ~~Me~~
Se rompió, aquí, el resorte, ya no
funciona más. Para nadie. Apenas si -
un poco de piedad y de deseo, algunos
días. Nada más. Y si te contara de que
fui capaz, te inspiraría asco.-
- LAURENCIA. ¿Pero por qué Raúl?
- RAUL. Porque no pude soportar el vacío. Te-
nía que hacer algo, cualquier cosa, co-
tal de sentirme. Si hubiera tenido va-
lor habría puesto fin a una vida idi-
ta.-
- LAURENCIA. (A la defensiva) Excusas, Conozco tu
sistema de escabullirse entonando el
"mea culpa". Decí la verdad, que estás d-
trás de Elena, poné las cartas sobre
la mesa, no mientas.
- RAUL. (Desolado) No entendés nada. Haber p-
tido a los veinte años tan fervoroso
para llegar a esto!
- LAURENCIA. Frases: la comedia de la melancolía, de
nuevo.
- RAUL. ¡Qué torpe! ¡Qué inferior! (Sale brus-
camente).-
- LAURENCIA. No te vayas. Si no hablamos hoy cuándo
lo haremos? (Sale detrás) Yo soy tu-
mujer Raúl.-
(Queda en escena Inés, sola, Ha caído
la tarde y la pieza queda en el vago
resplandor del cielo y en una luz in-
terior que se cuele. Se oye la campana
que llama a la novena. Inés no se mue-
ve de su sitio, entre dos ventanas, du-
rante la larga pausa. Se oyen pasos y
entra Marcos.)
- M. RCOS. Hola! ~~Buenas tardes.~~ (Pausa) ¿No hay nadie -
aquí? (Pausa) ~~Hola!~~ (Golpea torpement

las manos) ¿ No hay nadie? ~~Se habrán ido todos y se habrán olvidado de cerrar.~~

B. vuo, Inesita sigue haciendo progresos en la mentira; dijo que se quedaria a estudiar toda la tarde. ~~Si han dejado abierta la puerta volverán. Cuéstion de esperana. (Se sienta). Me fumaré el cigarrillo del día. (Enciende. Pausa).~~

INES. (Suavemente) No le he mentido, Estoy aquí
MARCOS. ¿Inés! No te veo. ¿Dónde estás? (Se incorpora)

INES. No se acerque, por favor. Quédese ahí.-

MARCOS. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás a oscuras? ¿Dónde está la luz?

INES. Deje así. Es mejor. No se acerque.

MARCOS. Como quieras. ¿Puedo saber al menos qué te ha ocurrido?

INES. Estoy tratando de entender mi destino y de resolverme.

MARCOS. ¿Puedo ayudarte?

INES. ¡Quizás!...

MARCOS. Empezá por contarme qué te ocurre. Soy feliz oyéndote. Pero decime donde estás, que no te veo.

INES. Estoy entre las dos ventanas. Yo a usted lo veo. Usted es hermoso.

MARCOS. ¡Ay! ya no son mentiras: es el delirio.-

INES. ¿Muchas mujeres se lo dijeron antes que yo?

MARCOS. No te burles de mí Inés.-

INES. No sé burlarme, no sé contestar cuando me atacan, no sé defenderme, tampoco sé herir

MARCOS. Mejor: careces de los peores vicios.

INES. Eso dicen ustedes, pero no querrian ser así, les daría vergüenza.

MARCOS. Estamos obligados a hacerlo, pero qué des canso cuando llega la noche y te sacás la máscara.-

INES. ¿Podrán cambiar entonces?

MARCOS. ¿Qué querés decir?

INES. Esa cara suya, ¿es la verdadera o es la máscara?

MARCOS. Cuando estoy contigo es la verdadera.-

INES. Yo vi una película en que un hombre tenía en su casa el retrato de la - mujer más querida: era un espejo. La - que se miraba allí era la más queri - da.-

MARCOS. Contigo es distinto Inés. Tan distin - to que ni me atrevo a decirlo, porque - ahora las palabras me parecen gasta - das.-

INES. No se acerque.

MARCOS. ¿Me tenés miedo?

INES. Tengo miedo de lo que voy a hacer.

MARCOS. ¿Por qué no me contás qué te ha pa - sado?

INES. Se fueron todos. Gritaron mucho y se - fueron. Yo estaba triste, me vino como - un mareo y creo que me dormí, un se - gundo nada más. Tuve un sueño...

MARCOS. Contámelo.

INES. Había un mendigo que era muy horri - ble; tenía los brazos torcidos y en - la cara me parece que llagas, casi - tapadas por una barba crecida. Me pe - día una limosna; pero yo no quería - dársela, porque me producía repugnan - cia. Atravesó las muletas sobre la - vereda y no me dejaba pasar. "Deme - una limosna y me curaré" me decía.-- Y yo no quería, porque la limosna era - yo...

MARCOS. (Emocionado) ¡Criatura de Dios!

INES. Yo le decía: "Todavía no. Todavía no - he sido feliz; un año más, un día".

MARCOS. (Se ha acercado) Inés, yo también soy - como ese mendigo, porque sólo me atre - vo a pedir una limosna. Quiero com - pañir tu alegría y tu tristeza. Par - a par.-

INES. Ahora no lo veo. Espere que me seque - las lágrimas. ¿Tiene puesta la másc - ara es su cara?

MARCOS. Tendré la cara que tú me hagas.-

INES. ¿No me despreciará si le pido ese día - de felicidad?

MARCOS. Todos los días de nuestra vida.
INES. No, si no tiene por qué mentir. ~~Como como~~
dice papá: ~~batista del acto~~; llega un día en que se
agota. Pero si alguien los quisiera mu-
cho, y eso no se ensuciara, y fuera siem-
pre puro, pero ¿cómo hacerlo de otro mo-
do? ¿Cómo juntarlo a este otro cariño?--
MARCOS. No sé de qué hablás, pero seguí. Inés, --
¿qué miedo tengo!
INES. ¿Por qué? El mío se ha volado.
MARCOS. Por lo que yo soy y por lo que tú eres
INES. ¿Qué mano grande; y pesada, y caliente!
MARCOS. La tuya tiembla.
INES. Tantas cosas que debo resolver en este
apretón de manos. Pero todavía no, Mar-
cos. Soy como un animal salvaje--es lo --
que dice mamá; y no tendré tiempo para
domesticarme.--
MARCOS. ¿De qué hablaremos? ¿De la primera vez
que nos vimos, cuando me pareció que des-
pertaba de un sueño?
INES. No, no. De eso deben hablar todos ustedes
cada vez que se acercan. No sé. (Pausa)
¿Usted sabe qué es la Arcadia? En los--
apuntes aparece a cada rato y no se --
explica.--
MARCOS. Era un país donde todos eran felices, --
creo.--
INES. ¿Y qué les pasó?
MARCOS. Dejaron de serlo.
INES. ¿Y ya no hay esperanzas?
MARCOS. Sí. Nosotros dos. No, tú. ~~ahora~~
INES. Sí, soy yo; que sea verdad Marcos. Yo so-
la.--
MARCOS. No me has pedido que te prometa nada.
INES. ¿Para qué? Para un día de felicidad no
hay que prometer, ni mentir. Esta es tu
cara, no es tu máscara, y esto que yo --
siento, sí, estoy segura, es el amor.--

T E L O N

- INES. Yo vi una película en que un hombre tenía en su casa el retrato de la - mujer más querida: era un espejo. La - que se miraba allí era la más queri - da.-
- MARCOS. Contigo es distinto Inés. Tan distin - to que ni me atrevo a decirlo, porque - ahora las palabras me parecen gasta - das.-
- INES. No se acerque.
- MARCOS. ¿Me tenés miedo?
- INES. Tengo miedo de lo que voy a hacer.
- MARCOS. ¿Por qué no me contás qué te ha pa - sado?
- INES. Se fueron todos. Gritaron mucho y se - fueron. Yo estaba triste, me vino como - un mareo y creo que me dormí, un se - gundo nada más. Tuve un sueño... -
- MARCOS. Contámelo.
- INES. Había un mendigo que era muy horri - ble; tenía los brazos torcidos y en - la cara me parece que llagas, casi - tapadas por una barba crecida. Me pe - día una limosna; pero yo no quería - dársela, porque me producía repugnan - cia. Atravesó las muletas sobre la - vereda y no me dejaba pasar. "Deme - una limosna y me curaré" me decía.-- - Y yo no quería, porque la limosna era - yo... -
- MARCOS. (Emocionado) ¡Criatura de Dios !
- INES. Yo le decía: "Todavía no. Todavía no - he sido feliz; un año más, un día". -
- MARCOS. (Se ha acercado) Inés, yo también soy - como ese mendigo, porque sólo me atre - vo a pedir una limosna. Quiero com - partir tu alegría y tu tristeza. Par - a par.-
- INES. Ahora no lo veo. Espere que me seque - las lágrimas. ¿Tiene puesta la másc - ara o es su cara?
- MARCOS. Tendré la cara que tú me hagas.-
- INES. ¿No me despreciará si le pido ese día - de felicidad?

MARCOS. Todos los días de nuestra vida.

INES. No, si no tiene por qué mentir. ~~Con como~~
dice papa: ~~habla del otro~~; llega un día en que se

agota. Pero si alguien los quisiera mucho, y eso no se ensuciara, y fuera siempre puro, pero ¿cómo hacerlo de otro modo? ¿Cómo juntarlo a este otro cariño?—

MARCOS. No sé de qué hablas, pero seguí. Inés, --
¿qué miedo tengo!

INES. ¿Por qué? El mío se ha volado.

MARCOS. Por lo que yo soy y por lo que tú eres

INES. ¿Qué mano grande, y pesada, y caliente!

MARCOS. La tuya tiembla.

INES. Tantas cosas que debo resolver en este apretón de manos. Pero todavía no, Marcos. Soy como un animal salvaje—es lo que dice mamá; y no tendré tiempo para domesticarme.—

MARCOS. ¿De qué hablaremos? ¿De la primera vez que nos vimos, cuando me pareció que despertaba de un sueño?

INES. No, no. De eso deben hablar todos ustedes cada vez que se acercan. No sé. (Pausa)

¿Usted sabe qué es la Arcadia? En los--
apuntes aparece a cada rato y no se --
explica.—

MARCOS. Era un país donde todos eran felices, --
creo.

INES. ¿Y qué les pasó?

MARCOS. Dejaron de serlo.

INES. ¿Y ya no hay esperanzas?

MARCOS. Sí: nosotros dos. No, tú. ~~ella~~

INES. Sí, soy yo; que sea verdad Marcos. Yo sola.—

MARCOS. No me has pedido que te prometa nada.

INES. ¿Para qué? Para un día de felicidad no hay que prometer, ni mentir. Esta es tu cara, no es tu máscara, y esto que yo --
siento, sí, estoy segura, es el amor.—

T E L O N

ACTO 3º

A C T O T E R C E R O

ESCENARIO: Habitación de Ana. Habitación de casa antigua transformada en pensionado. Salita amueblada con muebles antiguos de buen gusto, con ventana balcón sobre la plaza. Sirve de sala, dormitorio y escritorio, mediante una cama disimulada como chaise longue, un escritorio-mesa, dos estanterías llenas de libros y potiches, lámparas de luz acogedora, un par de alfombras gastadas. Cuadros y fotos complementan un ambiente que también es Montevideo, aunque no con frecuencia. Una puerta al fondo comunica con el --rellano de la escalera y otra lateral con el baño y un pequeño desahogo utilizado como improvisada cocina.

En escena Adela, Ana, Elena y Susana, tomando el té que acaban de improvisar. Son las siete de la tarde.

ADELA.- Hace un mes que no hablamos de otra cosa. Parecemos viejas maniáticas en una sesión de espiritismo.

SUSANA.- Nunca nos había ocurrido nada tan lamentable y tan cercano.

ELENA.- Pero le estropeamos el cumpleaños a -- Ana. Dame otra taza de té; tus dos años de Londres por lo menos te enseñaron a prepararlo.

ANA.- Me enseñaron a no poder prescindir de él. No te preocupes de mi cumpleaños. Si ustedes no vienen hoy, hubiera sido un día como tantos. (Le alarga una taza).

ADELA.- Y la culpa de todo --yo insisto, ustedes perdonen, muchachas-- la tiene ese sinvergüenza de Alejandro. Se escurrió

entre nosotros como una víbora. Y ni siquiera sabemos de qué nacionalidad es. Con esa cara, ¿quién lo iba a creer?.

SUSANA.- (Impasible) Todos menos tú Adelita.

ADELA.- Ya se que me engatusó. Pero tu me prometiste que le ganaremos el pleito. Si no consigo hacerle algún daño me viene un síncope.

ELENA.- Mamá, dejate de tonterías. Con que nos haya dejado en paz ya basta.

ADELA.- Sí, claro. Yo pienso que incluso fue él quien incitó a Inés.

ANA.- Por Dios, Adelita, contenete.

ADELA.- Tú no lo conociste como yo.

SUSANA.- Pero tú tampoco conocías a Inés.

ADELA.- ¡Qué cosa! ¡Ahora vienen tan mezclados los grandes y los chicos; Yo jamás estuve en una reunión de los amigos de mis padres, y fijate ahora: mis amigas son las amigas de mi hija.

ANA.- (Escéptica) ¡Nos estamos modernizando!.

SUSANA.- Nos estamos equivocando, simplemente. Perdoname Adelita, pero yo cada día creo más en la pedagogía de mi abuela.

ADELA.- ¡Ah, dejate de antiguallas; Mirá lo de Inés: joven, linda, educada, llena de plata, más no podía pedir. Pero tenía una madre a la antigua, ¿y que iba a hacer la pobre? Hay que ponerse a la moda; ¿a qué eso no le hubiera pasado a Elenita? ¿No es así, nena?.

ELENA.- (Irónica) Claro que no, mamá. Desde muy chica comencé a ser escéptica. Difícil que a esa edad creyera todavía en algo.

ADELA.- Burlate, no más, pero al menos estás viva. Ya ves que mi educación fue buena.

ELENA.- (Sarcástica) Sí, al menos...!

ANA.- ¡Qué verdad Elena; Lo primero es vivir, decimos. Y para hacerlo tratamos de no pensar en el para qué. A veces son los para qué vivir los que llevan justamente a no vivir.

ADELA.- Eso es muy complicado para mí. Y son fra

- ses de intelectual. Lo que queremos todos es vivir; para lo demás siempre hay tiempo. Tú que tenés hijas, Susana, ¿no pensás lo mismo?.
- SUSANA.- Lamento defraudarte: no. Hay ciertos modos de vivir que me resultarían demasiado deprimentes. No le deseo la muerte a mis hijas, claro, pero no podría verlas viviendo...
¿Cómo yo?.
- ELENA.-
SUSANA.- (Conciliadora) Como nosotras todas.
ADELA.- Están horriblemente filosóficas. Yo me voy. (Se levanta y se pone los guantes) Por favor, no te olvides que a Alejandro hay que remacharlo. (Besa a Susana) Porque si no, le pegó una puñalada. (Besa a Elena). -- Hasta luego querida. (A Ana, besándola). Convencete, ustedes en el fondo piensan así porque están seguras de que les queda mucho tiempo por delante. Yo tengo que aprovecharme. Y por favor, no le vayas con esas ideas al pobre Raúl. (Sale)
- ELENA.- Eso es cierto: yo quisiera que me licieran un lavado de cerebro cada vez que lo veo.
- SUSANA.- Debería haberse marchado, como Laurencia, lejos del país.
- ELENA.- Sigue dando vueltas dentro de la casa, esperando que ella aparezca y le diga que todo fue un mal sueño.
- ANA.- Que es un mal sueño. Qué será él si yo de mañana me despierto angustiada sintiendo que va a pasar una desgracia, y trato de despertarme del todo porque sé que cuando lo consiga sabré que esa desgracia ya ha pasado.
- ELENA.- Si aquel día hubiéramos hablado... ¡quién te dice!.
- ANA.- Yo no sé qué daría para saber por--

- qué lo hizo. Egoístamente, para sacarme - un remordimiento absurdo que se me ha - venido encima.-
- SUSANA. Es lo que desespera a Raúl. Ayer de noche, en casa... Es tremendo, porque de pronto se le saltan las lágrimas sin hacer una mueca. Un hombrón como él. Sólo, sabía preguntar: ¿Y por qué? Diego no puede más. El único que tiene fuerzas para consolarlo es Marcos.-
- ELENA. El único que tiene fuerzas para consolarlo es Marcos.-
- SUSANA. Sí, ayer estuvo en casa y parecía él el doliente principal.-
- ANA. ¿Ustedes no pensaron que Marcos....?
- ELENA. ¿Qué?
- ANA. Nada. Una tontería.
- ELENA. Pues yo la pensé: que estuviera enamorada de Inés, ¿no es eso?
- SUSANA. ¡Marcos! (Ríe)
- ANA. ¿Por qué no?
- SUSANA. ¿Alguna vez Marcos se enamoró de alguien?
- ELENA. Sos capaz de negar la evidencia: es el más enamorado de los mortales.
- SUSANA. Del mismo modo que es un excelente esgrimista, dicen, y por iguales motivos.-
- ANA. ¿Cuáles?
- SUSANA. (Intencionadamente) La gimnasia. (Ríe)
- ELENA. Nunca confesaste qué te ocurrió con él.
- SUSANA. Nada que exija confesión y últimamente le he cobrado simpatía.
- ANA. Creo que Susana no se equivoca mucho.
- ELENA. ¡Oh! Ustedes están confabuladas contra él.
- ANA. Marcos no se enamora: son las mujeres las que se enamoran de él. El se limita a decir que sí, muy gentilmente es cierto, con una convicción de teatro.-
- ELENA. A mí me resulta encantador. Sólo él sabe decir lo que una quiere que le digan.
- SUSANA. Nos estás dando la razón: sabe seguir la corriente. Aunque, advierto, a mí nunca me la siguió.
- ELENA. Si hubiera manifestado algún interés....
- ANA. Pero que eso es deprimente Elena, por lo que tiene de indiscriminado: con todas o-

con cualquiera que se interese --
por tí.-

ELENA. Lo que es yo le agradezco esa re-
galía amorosa. Si todos fuéramos
así la vida sería más llevadera.

SUSANA. (Ríe) Pues al francés no se la --
hiciste llevadera; buen puntapie--
le diste.-

ELENA. ¡Ay! No volvamos sobre eso! Ya te
expliqué: me tenía harta tocándome
con la rodilla: ese sistema no se-
usa ya ni en los suburbios. Yo creo
que cada uno debe elegir libremen-
te, y si te dicen "no", aguantarse.
Así entiendo el amor.-

SUSANA. ¡El amor! ¡Qué despilfarro de pa-
labras y de tiempo!

ANA. ¿Cómo? No sabía que estuvieras en
contra.-

SUSANA. No lo estoy. Pero en la vida hay co-
sas más importantes ¿no?

ELENA. (Perpleja) No. Para mí al menos. Tú
tenés la carrera, ella tiene los -
libros, yo no tengo nada.-

ANA. Tenés un hijo. ¿o no lo querés?

ELENA. Aunque no lo creas: es el hombre -
que más quiero. Es limpio, y es cari-
ñoso y es leal. Pero en cuanto crez-
ca y se enamore, "hola mamá, tanto-
tiempo sin vernos, ¿qué es de tu -
vida?" Eso de que la mujer cuando
es madre deja de ser mujer ya ni⁴
en la escuela lo enseñan. No te es-
candalices: ya me conocés.-

SUSANA. No me escandalizo, no me creas una
pazguata: simplemente me das pena.

ELENA. Pero decime un poco, mujer superior
¿cómo te las arreglás con Diego?

SUSANA. ¡Hace diez años que estamos casa-
dos!

ANA. ¿Y con eso?

SUSANA. A los diez años el matrimonio se-
ha estabilizado. Están los hijos,-

*Y se cambia el juego de
dominios por uno con
cunas reparadas.*

- la casa, el trabajo en común.
- ELENA.- Sí, sí, sí, ya sé. ¿Y el amor?
- SUSANA.- Pero el amor no es más importante que todo esto. ¿No entendés • no querés entender? la felicidad es la vida en común, trabajar hombro contra hombro.
- ELENA.- Es lo que hago con todas mis empleadas de la boutique. No me hace ninguna gracia.
- SUSANA.- Hay que elegir: una gran pasión, fugaz, o un sentimiento tranquilo y permanente.
- ANA.- ¿Y por qué no las dos cosas?
- SUSANA.- Porque no se dan: ¿oíste hablar alguna vez de Romeo y Julieta de ochenta años, festejando las bodas de oro con sus cuarenta y dos nietitos?
- ELENA.- (Ríe) Totalmente grotesco. Tenés razón -- Susana: lo importante es ~~que~~ el día de hoy, no pensar en el mañana: "la felicidad de los cuerpos sin nombre"
- SUSANA.- Pues yo pienso lo contrario. La felicidad es hacer algo junto a otro. Formar una familia, comprar el Ford del 55 que resultó una pichincha, proyectar la casa en la playa, que ya aprovecharán ustedes.
- ELENA.- ¿Qué decís Ana?
- ANA.- Pienso que para eso se necesita acuerdo de dos. ¿Y si a él, llegado el caso, no le bastara?
- SUSANA.- Con tal que nuestra familia siga así encañilada, que haga lo que quiera fuera de casa. Y si todavía no le basta, bueno, no sería culpa mía.
- ANA.- Yo en cambio soy de las que aspiran a todo.
- SUSANA.- Seguis en plena adolescencia, sin crecer.
- ANA.- No me gustan los intereses comunes. Esas Sociedades Anónimas en que los accionistas se acuestan juntos, me resulta, contra natura. (Elena ríe.).
- SUSANA.- Si tuvieras hijos no hablarías así.
- ELENA.- (Con sorna) ¿Y has intentado alguna vez ese amor total y eterno?
- ANA.- Sí, y también he fracasado. No lo digas,

- lo sé. Pero pienso que la culpa de
be ser nuestra, no del amor, que -
hay que seguir esperando.
- SUSANA.- En pleno infantilismo.
- ANA.- "Que alguien crea que existe, que
le estrecha, y que es capaz de ---
amor y que ~~ama~~ama".
- SUSANA.- ¿Tuyos?
- ANA.- ¡Ojalá!
- ELENA.- Decime: no sentís tentaciones?
- ANA.- Todas, Elena. Pero me aguantaré, -
mientras pueda.
- ELENA.- Si es mientras pueda, nada más, yo
también.
- ANA.- Hagas lo que hagas tú siempre se-
rás una maravilla.
- ELENA.- ¿¡Epa! ¿Tus tentaciones no serán -
femeninas?
- ANA.- (Rie) ¡No! (Golpean a la puerta) -
¿Quién será? (Abre) (Entran Raúl y
Marcos, por quiénes ha pasado, vi-
siblemente, la desdicha) ¡Raúl! --
¿Cómo se te ha ocurrido venir?
- RAUL.- ¿Pretendés que olvidara tu cumplea-
ños? (Se besan)
- ELENA.- Querido Raúl, ¿cómo estás?, ¿por -
qué no viniste a verme ayer? (Se -
besan)
- RAUL.- Estuve con Diego. Hola, Susana. Si
me tratás como a un convalesciente
Elenita, me voy a sentir reumático
y decrepito.
- MARCOS.- En cambio a mí, ya habrás visto, -
se me ignora en forma sistemática.
- ELENA.- (Lo besa) Nuestro seductor se sien-
te relegado.
- MARCOS.- (Repugnado) No digas eso, por favor
- ELENA.- Perdoná, no sabía que habías renun-
ciado al título.
- ANA.- Elena, ponele té nuevo a la tetera
mientras busco tazas. (Elena sale)
- SUSANA.- (A Raúl) ¿Tuviste noticias de Lau-

- rencia?
- RAUL.- Sí, una carta, para la que necesito tu ayuda. Me pide que la desligue de la tienda. No estoy de ánimo para enfrentarme a Alejandro.
- SUSANA.- Es el segundo encargo. Hoy Adelita me pidió que le inicie un pleito por incumplimiento de contrato. Es la ocasión para terminar con ese mal bicho.
- ANA.- ¿Qué te ha hecho para que lo quieras tan mal?
- SUSANA.- A mí nada, pero me basta con lo que le hizo a mis amigos.
- ANA.- A Marcos) Pero sentate en la cama, no importa. Si viene otro le tocará el suelo.
- MARCOS.- Me han degradado tanto que ya no les importa que me sienten en la cama de una mujer.
- ANA.- No creo en filtros mágicos.
- RAUL.- ¿Qué quieres de regalo, Ana?
- ANA.- Una salida afuera, los dos solos, el próximo domingo.
- MARCOS.- Si yo hubiera sabido de esos gustos, no te habría traído este libro.
- ANA.- Contigo no habría sido la misma respuesta. (Toma el libro) ¡Dylan Thomas! ¿Cómo se te ocurrió?
- MARCOS.- No me lo agradezcas. Fue el librero -- quién me dijo que andabas atrás de él. Ni sé quién es.
- ELENA.- (Entra) El té ya está. ¿Qué te han traído?
- ANA.- Unos poemas de Dylan Thomas.
- SUSANA.- ¿Y tú Ana? ¿Has escrito algo?
- ANA.- (Sirviendo) Ayer te hubiera contestado que había abandonado para siempre. Hoy no puedo.
- ELENA.- ¿Caíste en tentación?
- ANA.- ¡Si lo preferís así! Pero no está por ese lado y la inspiración no es nada erótica. Se me ocurrió mientras me sa-

- caba los rúleros delante del espejo y pensaba que era otro año más, o - menos. (A Raúl) ¿Dos terrones?
- ELENA.- Estás mejor que Alberto; ayer maldecía al mundo porque ya no podría es cribir nunca más.
- MARCOS.- La teoría es notable. ¿La conocés, Raúl? Debés enterarte porque serás culpable de haber privado al país de un genio. Resulta que cuando tra bajaba ocho horas detrás de un mos- trador se le ocurrían obras maes- - tras, pero ahora que gana el doble con cinco horas de trabajo en una - oficina, está liquidado.
- SUSANA.- Es un resentido.
- MARCOS.- Simplemente un mediocre.
- RAUL.- No sean crueles. Es un muchacho to- davía. Hay que tolerarlos y ser in- dulgentes. Lo que necesitan es cari ño. ¿Qué sabemos lo que les pasa -- por dentro y si no sufren en el mis mo momento en que dicen cosas hi- - rientes.
- MARCOS.- (Después de una pausa general) Si - no fueras tan discreto, deberíamos odiarte. Nos hacés sentir unos cana llas.
- ELENA.- Tiene razón Raúl. ¿Qué malos somos; Y porque sí, sin ningún motivo.
- SUSANA.- Ellos no son mejores. En el peor de los casos actuamos en legítima de- - fensa.
- RAUL.- ¿Quién sabe si nos defendemos o si ofendemos?
- SUSANA.- Tratándose de Alberto no me caben - dudas. Ahora anda pegado a Tito, en tregado a borracheras sensacionales. Junto con Aurelia forman un trío de resentidos. convencidos de que so- - mos nosotros los culpables de sus - desgracias.
- RAUL.- A mí se me ha gastado la capacidad

- ANA.- de juzgar: me va pareciendo que es un deporte juvenil y me pesan los años. - Pero no se puede evitar, si hay buenos y malos en el mundo.
- RAUL.- ¡Y quién lo sabe; Yo estoy en plena regresión: me conformo con el ideario -- que me enseñaron cuando era "boy scout" una acción buena por día. Pero no me hagan caso. Estoy viejo.
- ANA.- Dicho así parece muy fácil. Pero aplicarlo...
- RAUL.- Hay que esforzarse. Si lo hubiera hecho siempre hoy no tendría que... ¡qué decirlo! (Larga pausa) No se preocupen por mí. Si la verdad es que prefiero hablar de ella, porque es en ella en quién pienso.
- SUSANA.- Te hacés daño.
- RAUL.- Por triste que sea, es mejor pensar en ella que no tenerla, ni en el recuerdo.
- ELENA.- Así no se puede estar Raúl. ¡Hay que vivir;
- RAUL.- Tantas veces me lo dijeron que aprendí a contestar: ¿para qué?
- ELENA.- (Perpleja) Para vivir, para disfrutar de esto...
- ANA.- (Suavemente) Aunque fuera cierto ~~es~~ Raúl, perdóname, pero no deberías decirlo.
- SUSANA.- No deberías quedarte en la ciudad. --- Aquí todo te recuerda lo pasado. Yo -- también creo que hay que vivir.
- RAUL.- Tendrás por qué.
- SUSANA.- Y aunque no tuviera. Si hubieran muerto Diego y las nenas yo seguiría yendo al escritorio a trabajar. La vida es eso.
- RAUL.- Al morir Inés, he cambiado bruscamente de categoría. A pesar de la diferencia de años, yo era un camarada, un compinche un poco mayor y así definía yo a la amistad y al amigo...
- MARCOS.- (Sordamente) "Aquel que puede secundar

- nos en una mala jugada".-
- RAUL.- Así es: no era muy moral, pero yo lo creía lealmente. Ahora, de golpe, me siento un poco padre o hermano mayor de todos ustedes, sin tener nada que poder enseñar.
- ELENA.- Es suficiente verte vivir a nuestro lado.
- RAUL.- A ella no le bastó, ya ves. Y no puedo desprenderme de la idea que lo hizo por mí.
- SUSANA.- Por Dios Raúl; ¿Dónde está tu sensatez?
- ELENA.- Eso es martirizarse inutilmente.
- RAUL.- (Como si no las oyera) Pero eso es aún menos grave, no saber qué es lo que quiso hacer por mí. La recuerdo cuando la dejamos, después de aquella pelea estúpida, y trato de reconstruir sus pasos. ¿Qué hizo? ¿Cómo se fue resolviendo? ¿Cuál -- fue el motivo que la decidió? Debió debatirse y se habrá acordado de mí; quizás quiso hablarme, me habrá esperado. (Transición) Cuando de madrugada cruzó hasta el bar de enfrente y tomó su café negro, sola, mirando cómo lavaban el piso y disponían las mesas, pensaba en mí estoy seguro. Y cuando allí mismo me escribió su despedida, "Papá, perdóname. Te quiero mucho, mucho, y todo será para bien. Adiós a tus amigos, porque los quiero, y sobre todo a mamá. Acuérdense de mí, --- acuérdate siempre de Inés". Ella pensaba que con su muerte se arreglaba algo, ¿pero qué? (Ana ha estado observando el padecimiento de Marcos a lo largo del monólogo, -- que los demás no registran pendientes de Raúl)
- MARCOS.- Como era inocente, nos echamos en-

- RAUL.- nos en una mala jugada".-
- RAUL.- Así es: no era muy moral, pero yo lo creía lealmente. Ahora, de golpe, me siento un poco padre o hermano mayor de todos ustedes, sin tener nada que poder enseñar.
- ELENA.- Es suficiente verte vivir a nuestro lado.
- RAUL.- A ella no le bastó, ya ves. Y no puedo desprenderme de la idea que lo hizo por mí.
- SUSANA.- Por Dios Raúl; ¿Dónde está tu sensatez?
- ELENA.- Eso es martirizarse inutilmente.
- RAUL.- (Como si no las oyera) Pero eso es aún menos grave, no saber qué es lo que quiso hacer por mí. La recuerdo cuando la dejamos, después de aquella pelea estúpida, y trato de reconstruir sus pasos. ¿Qué hizo? ¿Cómo se fue resolviendo? ¿Cuál -- fue el motivo que la decidió? Debí debatirse y se habrá acordado de mí; quizás quiso hablarme, me habrá esperado. (Transición) Cuando de madrugada cruzó hasta el bar de enfrente y tomó su café negro, sola, mirando cómo lavaban el piso y disponían las mesas, pensaba en mí estoy seguro. Y cuando allí mismo me escribió su despedida, "Papá, perdóname. Te quiero mucho, mucho, y todo será para bien. Adiós a tus amigos, porque los quiero, y sobre todo a mamá. Acuérdense de mí, --- acuérdate siempre de Inés". Ella pensaba que con su muerte se arreglaba algo, ¿pero qué? (Ana ha estado observando el padecimiento de Marcos a lo largo del monólogo, -- que los demás no registran pendientes de Raúl)
- MARCOS.- Como era inocente, nos echamos en-

- cima porque necesitamos esa inocencia ya que la nuestra la hemos perdido. Pero todo lo que tocamos se ensucia.
- ANA.- (Lo interrumpe autoritaria) No son cosas tuyas, Marcos. No le agregues ahora más sufrimiento.
- RAUL.- Me olvido de los demás. Perdón Marcos: Me has soportado más que nadie.
- MARCOS.- ¡Soportarte!
- RAUL.- Y hay momentos en que yo también me digo: ¡Cuándo pasarán dos años y ya no sufriré! (Pausa)
- ANA.- Yo reclamo mis derechos de homenajeadada. Disculpá mi egoísmo, Raúl, pero hoy es mi día.
- ELENA.- De acuerdo: le estropeamos el aniversario, aunque debiera hacer como yo, que dejé de cumplir años. El tiempo corre por encima de mí sin rozarme.
- SUSANA.- El eterno presente. Los animales se te adelantaron a descubrir la receta.
- ELENA.- Pero no han sabido aprovecharla como yo. (Se abre bruscamente la puerta y aparece Tito, en estado de ebriedad, seguido de Alberto en la misma forma)
- TITO Aquí estoy. No me invitaron pero igual vine, y traigo un regalo.
- ELENA.- ¡Uy, pasadísimo!
- ANA.- Bienvenido Tito. No invité a nadie, todos llegaron de sorpresa. Buenas tardes Alberto.
- ALBERTO.- (Avergonzado) Buenas tardes. Vengo de heraldo, nada más.
- TITO.- ¿Te echás atrás? Coraje: yo empiezo y vos seguís.
- ELENA.- Alberto, hacé el favor de cerrar la puerta, al menos. (Alberto cierra.)
- RAUL.- ¿Cómo te va Tito? Vení, sentáte aquí: hay un sitio.
- TITO.- Nada de eso. De pie. Lo que tengo que decir lo diré de pie.
- ELENA.- Te vas a caer Tito; es mejor que te sientes. (A Alberto) Ayudalo. Aunque -

- estás bueno también vos.
- TITO.- (A Susana) Tengo una noticia que no te va a gustar dado tu hábito aho--rrativo.
- SUSANA.- Diego vendrá enseguida; se la po---drás comunicar.
- TITO.- Ustedes son buenos socios. (A Raúl que trata de llevárselo) No, no, no. Yo quiero hablar claro. Dejame. (A Susana) Cobré cien pesos. La del --pleito por la medianera, esa que --nunca pagaba. Me le senté una sema--na en el patio, le estropeé algunas plantitas, le quemé la carpeta de --la mesa y al fin pagó. Qué comerá --en el mes, no nos interesa: la cosa es que pagó. Los insultos y los ---llantos no te los trasmito por dis--creción. *Te regalo, a un mes o más. (Pausa)*
- MARCOS.- Bueno Tito. Ya está. ¿Qué te parece si te llevo? Tengo que hablar conti--go.
- ~~RAÚL. Dejame a mí !~~
- TITO.- Honorables, no. Falta lo peor. Sa--bés Susana, me dió asco. ¿Qué le --voy a hacer si tengo corazón tierno? Fui a tomar una copa, para olvidarme. Una y otra. Y después las muchachas quisieron tomár. Ni un peso. Descon--tá de tu libreta los cien, enteri--tos.
- SUSANA.- No te hagas problema Tito. Ya había mos descontado todo el dinero de la cobranza que era para ayudarte.
- TITO.- Estás mintiendo.
- SUSANA.- Lo único lamentable es que te lo --gastes en alcohol, cuando necesitás otras cosas más urgentes.
- TITO.- ¡Conque lo habías previsto! ¿Y tam--bién elegiste a la vieja para que --le sacara la plata? *Por favor, a un mes o más. cumpleaños.*
- ~~SUSANA.- Diego ya no viene. Yo me voy, Ana.~~
- TITO.- Te traje un regalo, Ana. No soy in-

grato con las mujeres que he amado.-
ANA. Hagan algo, por favor.-
MARCOS. Basta. Salgamos enseguida. Serví de algo, Alberto.-
ALBERTO. El quiere hablar. Es un ciudadano libre con derecho al voto. ¡Que vote!
ELENA. Déjame a mí. Tito, vení conmigo. Estás muy cansado, tenés mala cara. (Lo acaricia) Pobre chiquito!
TITO. (Poniéndose sensiblero) ¡Elenita! tan buena y tan mal que me porté contigo. Te voy a confesar: fué ella la que me buscó.
ELENA. Después me contarás, despacito. Vení -- querido.
TITO. (Insistente) Yo era muy feliz contigo, muy feliz.-
SUSANA. Adiós Ana. (La besa).
ANA. Adiós Susana. ~~Adiós Ana!~~ ¡me siento tan abochornada!
SUSANA. Gajes de las grandes pasiones querida. Adiós (Sale).
ELENA. (Haciéndole señales a Raúl): Raúl nos va a llevar. Iremos a casa.
RAUL. Dejá Marcos, voy yo.-
TITO. ¿Sabés? Ella decía que el nuestro era el amor único, para siempre, que no me podía compartir con otra mujer. "Los hijos no importan", "la familia tampoco", (Viendo nuevamente a Ana) Pero -- después yo estaba destinado a Aurelia, ¿eh? Y aquí mismo nos dejaste solos...
ELENA. ¡Cuánto mal le han hecho a mi chiquito ¡Pobrecito!
RAUL. Te queremos mucho, Tito, no queremos que sufras. (Lo saca ayudado por Marcos. Alberto los mira salir perplejo).-
ALBERTO. No quieren enterarse, todos son cómplices, entre ustedes arreglan todo para -- encubrirse y no quieren oír al único -- que es honesto: ~~ustedes~~ Si, decente.-
ELENA. Salí de inmediato, porque pierdo la paciencia. Con él ya tengo bastante; pero-

- vos me las pagarás en cuanto estés despejado. (A lberto sale. Elena se vuelve a Ana, que se ha alejado de la puerta). ¿Dónde pusiste mi cartera y mis guantes?
- ANA. (Nerviosa) Están allí, sobre la ventana. (Va a buscarlos y se los entrega) Tomá. No sé qué decirte...
- ELENA. (Tranquila, indulgente) Pues no me digas nada.
- ANA. ¿Alcanzaría si te pidiera perdón?
- ELENA. Sobraría querida, porque no tengo nada que perdonarte. (Se calza los guantes). En aquel momento te odié, pero ese es un sentimiento demasiado fuerte para mí. Ya sabés que soy loca.-
- ANA. No quise hacerte daño.
- ELENA. No expliquemos nada, eso ya pasó. Te advertí que no me arrepiento de haberme divorciado.-
- ANA. Yo creí quererlo.
- ELENA. Y luego te diste cuenta de que te habías engañado. Hace siglos que pasa lo mismo. Otro día lo discutiremos filosóficamente. Ahora voy a cumplir mis deberes de divorciada, -- bastante semejantes a los de esposa, como ves. Y Susana que dice -- que a los diez años los matrimonios se estabilizan. Adiós querida. (La besa y sale) (Queda en escena Ana, camina por la habitación, comienza a retirar las tazas y recoger ceniceros. Fuma nerviosamente. Aparece Marcos)
- MARCOS.- ¿Puedo entrar? (Ana no contesta. -- Marcos entra) ¿Cómo te sentís?
- ANA.- Repugnada de mí misma
- MARCOS.- A eso debe referirse Raúl cuando habla de una buena acción por día: no dar motivos para repugnarse.
- ANA.- (Lo mira) Y bien, preguntá. ¿Qué --

- pensás de mí?
- MARCOS.- Yo sabía tu relación con Tito. Sí, -
ustedes lo disimularon bien, pero yo
te seguía. Sólo que creí que había -
terminado hace mucho.
- ANA.- Y sí. En lo fundamental al menos. --
(Marcos la interroga con la mirada)
Yo comprendí mi error; se lo dije. -
El argumentó; sabés como dramatiza -
todo... Nos distanciamos. Pero no ha
bía ningún otro en mi vida; y por mo-
mentos yo no estaba segura de si que-
ría o no. La relación se fue arras-
trando. Yo concedía ante sus lamen-
taciones...
- MARCOS.- ¿Por qué no cortaste de raíz?
- ANA.- Hace veinte años que nos conocemos;-
fue como un deslizamiento de la amis-
tad y eso dificultó todo. Por suerte
apareció Aurelia. A él le gustaba, -
pero no se atrevía. Por mí y por los
famosos "juramentos".
- MARCOS.- ¿Qué hiciste?
- ANA.- Yo quería que me dejara en paz. Con
Elena no quería volver. No recuerdo
qué dije.
- MARCOS.- Recordá, muy bien: de otro modo no
te molestarías así.
- ANA.- ¡Se dicen tantas cosas! Hablamos con
tanta facilidad y tanta maledicencia.
Todos.
- MARCOS.- Tú los incitaste. Era una buena pre-
sa, se podía probar.
- ANA.- (Debatiéndose) ¡Era una criatura ton-
ta llena de vanidad! Si no hubiera -
sido él, hubiera aparecido otro.
- MARCOS.- Cuesta convencerse. Esas criaturas -
que después llamamos tontas, antes, -
las definimos como encantadoras.
- ANA.- (Pausa. Mirándolo atentamente) ¿Qué
buscabas con Inés?
- MARCOS.- ¿Qué estamos buscando siempre? La -
felicidad, por un rato al menos. Da-

- me un trago. (Ana saca una botella y dos vasos y sirve abundantemente)
Yo estuve con ella el último día.
- ANA.- Lo sospeché. ~~Bebe con toda elari-~~
~~dad volviendo a la casa después de~~
~~la pelea.~~
- MARCOS.- (Bebe de un trago y se vuelve a ser
vir) Ella estaba sola.
- ANA.- (Le da la espalda y se aleja con el
vaso en la mano) Le dijiste que era
bonita, que la felicidad está al al
cance de la mano, que no hay que de
jarla pasar, que no debe pensarse
en el mañana. ¡Ay Marcos, qué desdi
cha ser así!
- MARCOS.- No, no, fué ella. Yo estaría deseán
dolo, quizás. Pero te lo juro, no
me hubiera atrevido.
- ANA.- ¿Inés? Marcos, no me engañes a mí..
Yo le dije lo mismo a Aurelia.
- MARCOS.- Dejá que hable. Hace un mes que ---
quiero desahogarme. A mí también me
costó comprender y comprendí tarde.
Me dijo que quería ser feliz, un --
día nada más, que no le prometiera
nada. Pero esas palabras, dichas --
por ellas, no eran como entre noso
otros. No sólo porque era inocente,
sino porque... porque ya estaba re
suelta a matarse.
- ANA.- ¡Si tenía diecisiete años!
- MARCOS.- Esperá; ella no me lo confesó. Nos
despedimos; "Hasta mañana", le dije
y me contestó: "Hasta luego". Le --
pregunté dónde. Me dijo que allí, --
en la casa. Insistí para saber la --
hora, cómo combinábamos la entrevis
ta. "No te preocupes --me contestó --
ya te avisarán".
- ANA.- ¡Dios mío; (Pausa) "Todo será para
bien. Acuérdense de mí".
- MARCOS.- Fué... por nosotros... por, ¡yo qué

sé! Por este mundo... todo el día dando vueltas uno detrás de los otros...

(Ana vacila, como si se le aflojaran las piernas, y lentamente cae sentada sobre la alfombra)

MARCOS.- Ana, ¿qué pasa? ¿Te sentís mal?

ANA.- No. Por un segundo, pensé que podía estar escuchándonos. ¿Qué idea tan pueril!

MARCOS.- Yo hace un mes que la tengo, y te aseguro que de pueril no tiene nada. Mas bien es siniestra. Es como si aguardara respuesta a una pregunta que, al menos yo, no entiendo.

ANA.- Pues yo respondería. Le diría que no espere nada de mí; es muy triste, pero que ella se equivocó, que en el fondo, no ha sido más que petulancia de una adolescente, buena pero engreída, porque a nosotros nada puede cambiarnos ya, es demasiado tarde. Y ella misma hubiera llegado a este sitio en que estamos.

MARCOS.- (Sordamente) Inés era distinta.

ANA.- Quizás. Tú y yo también fuimos distintos así como ella, como Aurelia, como Alberto. ¿No es cierto? ¿Y Elena? ¿Y Raúl? ¿Cómo éramos hace veinte años y cómo somos ahora?

MARCOS.- Se diría que alguien nos golpea al azar como distraído, para ir deshaciéndonos. Alguien que no somos nosotros. Porque estos días he tratado de sentirme culpable, yo, yo solo, aunque más no fuera que para sufrir y aliviarme al fin, pero no he podido. ¿Es muy feo lo que digo?

ANA.- Es desconsolador. Aunque si de algo te sirve, te confesaré que yo tampoco me siento culpable. Quizás seca, sin pulso.

MARCOS.- Pensar que ella entró repentinamente en mi vida, cuando te buscaba a ti, y todo cambió.

ANA. Cuando yo te esperaba. Te eludía, no quería el encuentro de costumbre, y resultó...

MARCOS. El de dos cómplices, decilo. ¿Hay algo que todavía ignores de mí?

ANA. No. ¿Y de mí?

*MARCOS. Anduviste por los mismos lugares-- que yo, y eso no me gusta, es como encontrarme conmigo mismo. Pero te necesitaba y creo que volveré a necesitarte, más tarde, cuando hayamos olvidado todo esto.-

ANA. Sí, no nos acordamos, aunque nos lo hayan pedido. (Se incorpora). Es tarde Marcos. Deberías irte, no deberíamos hablar más.-

MARCOS. Está bien. Pero quisiera tomarte de la mano y que saliéramos los dos, a vivir de verdad uno y el otro. Una nueva vida.-

ANA. Yo también lo querría. Y hasta sacar me la piel, como un guante viejo, y ser otra. (Se miran). Adiós Marcos.

MARCOS. Buenas noches. Hasta mañana.

ANA. Buenas noches.-
(Sale Marcos. Ana enciende otro cigarrillo y camina por el escenario. Apaga unas luces, vacía los ceniceros. Sobre la mesita de trabajo deja encendida una veladora. Toma unos papeles que mira con cuidado.)

ANA. Un año más. Ya se ha ido. (Se sienta, y lee atentamente, como tratando de entender algo incomprensible, este poema.)
Año que vuelve,
aniversario, espejo
golpeando fidelísimamente
por su imagen,
mordiéndolo, destruyendo
para llevarse algo
conque hacer un fantasma.
Pasa, flecha central,

-58-

flecha sin peso;
todo queda lo mismo,
pero hay ceniza, hay humo,
hay escamas y olvidos
sobre cosas,
y hay relieves
que la sombra se lleva
a mayor gloria.

(Levanta los ojos del papel y mira ha
cia adelante, al público, como inte--
rrogándolo.)

T E L O N